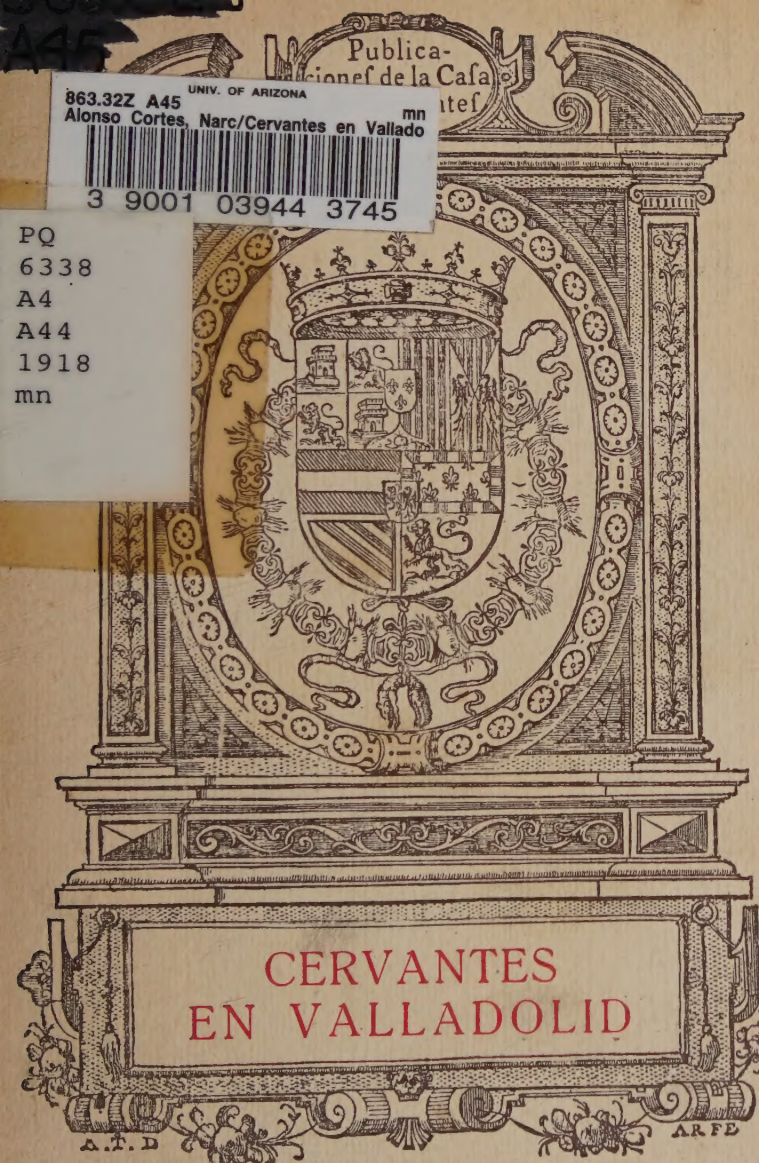
UNIV. OF ARIZONA
863.32Z A45
Alonso Cortes, Narc/Cervantes en Vallado
mn
3 9001 03944 3745
PQ
6338
A4
A44
1918
mn



CERVANTES EN VALLADOLID

Ediciones de la Comisaría Regia del Turismo

CERVANTES
EN
VALLADOLID

PUBLICACIONES DE LA CASA DE CERVANTES

Narciso Alonso Cortés

CERVANTES EN VALLADOLID

VALLADOLID
CASA DE CERVANTES
1918

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

745

CERVANTES EN VALLADOLID

I

Que el autor del *Quijote* sentía hacia Valladolid muy viva simpatía, es cosa reiteradamente demostrada en las obras del famoso manco. Espíritu abierto y generoso, Cervantes recordó siempre con gratitud y alabanza los varios lugares que su azarosa vida le permitió conocer; y si en Valladolid le abrumaron—cosa nada dudosa—persistentes cuitas, nunca el recuerdo de ellas entibió su afecto a la ciudad del Pisuerga.

Cuando la primera parte del gran libro salía a recoger las primicias de una gloria imperecedera, Cervantes se hallaba en Valladolid. Allí halagaron su oído los primeros

65066

rumores de la fama; allí tuvo noticia de que su libro, reclamado por miles de lectores, comenzaba a circular en ediciones furtivas; allí — y acaso fuera éste el mejor indicio de todos — sufrió las primeras picaduras de la envidia. De ahí las palabras que en la *Adjunta al Parnaso* dirige al buen Pancracio de Roncesvalles, portador de una carta de Apolo: «Estando yo en Valladolid—le dice—llevaron una carta a mi casa para mí, con un real de porte; recebióla y pagó el porte una sobrina mía, que nunca ella le pagara; pero dióme por disculpa que muchas veces me había oído decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico, y en el porte de las cartas, ora sean de amigos, o de enemigos, que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se puede tomar algún indicio de sus pensamientos. Diéronmela, y venía en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal del *Don Quijote;* y de lo que me pesó fué del real, y propuse desde entonces de no tomar carta con porte; así que, si vuestra merced le quiere llevar

desta, bien se la puede volver, que yo sé que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide.»

Pero mucho antes de escribir el *Quijote*, cuando era un parvulillo, Cervantes había estado en Valladolid. Por la fecha en que ésta, rica y floreciente, veía corroborado su valer en la frase proverbial de *villa por villa, Valladolid en Castilla,* correteó por sus calles aquel muchacho que había de perpetuar su nombre en la historia literaria.

Así como el creador de Don Quijote dijo que «cada uno es hijo de sus obras», ha podido decirse que «el genio no tiene patria». Si ambas ideas no fuesen de todo punto ciertas, bien podría Valladolid llamarse a la parte en la gloria de Cervantes. No tiene poca en la vida de un hombre la ciudad que le enseñó las primeras letras y vió alzarse el pedestal de sus triunfos.

II

En 1548 pasó a Flandes y Alemania, llamado por su padre, el príncipe D. Felipe. Quería el emperador invictísimo tener cerca a su hijo, para que fuera dándose cuenta del gobierno de sus reinos y le prestara su ayuda directa.

En Valladolid quedaron por gobernadores del Reino la princesa doña María, hermana de Felipe, y el príncipe Maximiliano. Con ellos quedó el príncipe D. Carlos, a quien, con más o menos paciencia, trataba de educar el doctísimo Honorato Juan. Cuando, tres años antes, vió D. Carlos la luz del día, pareció anunciar su triste sino la muerte de su madre doña María, llorada con rudo sentimiento por la musa de aquel poeta Antonio de Valcázar Menestril, vecino de Valladolid:

«El domingo, a las tres dadas,
ya después de medio día,
vino con fieras pissadas
a dar grades aldauadas
la muerte con gran porfía...»

En Valladolid se reconcentró el principal movimiento de Castilla. A su recinto afluyó, con la nata y flor de la nobleza española, la muchedumbre de oficiales, artistas y pretendientes que rastreaban los beneficios de la corte. Con lo que ya era, y lo que entonces ganó, Valladolid pudo dignamente recibir los elogios de propios y extraños. Cierto *Diálogo en alabanza de Valladolid*, escrito algunos años después por Damasio de Frías, famoso poeta vallisoletano, nos da clara idea de las excelencias y valor de aquella urbe. «Ninguno de los grandes pueblos de España, ni aun de los pequeños—dice entre otras cosas—, puede en todo competir con él, porque si no savéis quál sitio sea el suyo o en quál región esta asentada, sabed que está en la mejor de Castilla y, por consiguiente, de toda España, para la abundancia de todas las prouisiones y mantenimientos y de las demás

cosas necesarias a un pueblo tan grande como él es.»

No son éstas las únicas alabanzas dedicadas a Valladolid. Medina y Mesa, en las *Grandezas y cosas notables de España*, se expresaban así: «Tiene muchas y muy buenas casas: de señores del reyno, de grandes y ricos edificios... Tiene una gran plaça, muy grande y hermosa, alrededor de la qual están todos los oficios y mercaderes, que son muchos. En circuyto desta plaça se hallan más de quinientas puertas y dos mil ventanas... Es pueblo de encantamento, que a quantos forasteros entran en él les encanta y enamora de tal manera, que ninguno querría salir dél, y todos a una voz le loan de ser el mejor, más regalado y apazible que han visto, loándole todos más que a sus mismas tierras, sin hallarse sólo uno que repugne a esta voz común de quantos le han visto, principalmente auiendo estado en él despacio.»

Tales atractivos, y, sobre todo, los que daba una corte próspera y floreciente, llevaron sobre Valladolid, poco antes de mediar

el siglo XVI, un numeroso contingente de vecinos nuevos. Y entre los que, requeridos por tal señuelo, sentaron sus reales en las orillas del Pisuerga, figuró la familia Cervantes.

El licenciado Juan de Cervantes, nacido probablemente en Córdoba, casó en la misma ciudad, por los años de 1505, con doña Leonor de Torreblanca, señora de ahidalgada familia. Poco después, llevado sin duda por las exigencias de la vida y de su profesión de abogado, pasó a la villa de Alcalá de Henares, donde tuvo un hijo llamado Rodrigo. En 1516 era Alcalde mayor interino de Córdoba; en 1523, teniente de corregidor en Cuenca; en 1528, oidor del Consejo del duque del Infantado, en Guadalajara. Graves cosas que en esta ciudad le ocurrieron, pusiéronle en la precisión de trasladarse nuevamente a Alcalá, por el mes de Abril de 1532.

En Alcalá de Henares, la familia del licenciado Juan de Cervantes vivía con el lujo y ostentación propios de gente noble y acomodada. Consta que el licenciado y sus hijos mostraban «gran fausto de casa»; que se

acompañaban de nobles caballeros y tomaban parte en juegos de cañas y torneos; que tenían esclavos y otros criados y andaban siempre «muy bien tratados e adereçados, e con muchas sedas e otros ricos atavíos, e con buenos caballos, pajes e mozos despuelas, e con otros serviçios e fantasyas que semejantes hidalgos e caballeros suelen e acostumbran tener e traer en esta dicha villa de Alcalá».

El licenciado Juan de Cervantes, prosiguiendo su carrera judicial y administrativa, pasó sucesivamente a varias villas y lugares del Reino. En Alcalá quedó el segundo de sus hijos, Rodrigo, que ejercía la profesión de cirujano.

Casado Rodrigo con doña Leonor de Cortinas, le nacieron en Alcalá varios hijos, entre ellos Miguel, que recibió el agua del bautismo el día 9 de Octubre de 1547.

Antes de mediar el año 1551, Rodrigo determinó trasladarse con su familia a Valladolid. Tal vez el ejercicio de la cirujía daba en Alcalá escasos rendimientos; tal vez comenzó a ventilarse en el Tribunal de la

Chancillería vallisoletana un pleito entre Rodrigo y el marqués de Cogolludo; tal vez doña María, hermana de Rodrigo, tenía precisión de estar en la corte, por motivos que no son del caso; tal vez, en fin, no había otro móvil que el de gozar los encantos de una vida más variada y prometedora. Es el caso que por la fecha citada Rodrigo se estableció en Valladolid, juntamente con doña Leonor de Cortinas, su mujer; doña Leonor de Torreblanca, su madre; doña María de Cervantes, su hermana, y su media docena de hijos, el menor de los cuales, Rodrigo, apenas contaba un año de edad.

A los cinco se aproximaba la de Miguel, y por ello debemos suponer que el cirujano Rodrigo trataría de buscarle un maestro de primeras letras. ¿Fué tal vez uno de los meritísimos calígrafos que por entonces florecieron en la villa del Pisuerga? ¿Fué un instructor tan hábil como el maestro Tejeda, que por aquellos mismos días se ocupaba en dar enseñanza al niño Jerónimo Gracián, años más tarde confesor de Santa Teresa? No hubo de ser un maestro adocenado, si le

concedemos alguna parte en el aprovechamiento del discípulo.

La familia Cervantes habitó dos casas del arrabal de Sancti Spiritus, propiedad de Diego de Gormaz. Estas casas quedaron arrendadas a nombre de Doña María, tía de Miguel.

En Valladolid tuvo el cirujano Rodrigo otra hija a la cual puso por nombre Magdalena. Muchos años después, por los días felices en que Valladolid era corte de Felipe III, hemos de encontrar nuevamente a esta Magdalena en su pueblo natal, acompañando a su hermano Miguel.

Rodrigo de Cervantes no encontró en Valladolid las prosperidades que sin duda buscaba. Lejos de eso, su situación pecuniaria llegó a graves extremos. Para salir de ellos, con fecha 5 de Noviembre de 1551 suscribió una carta de obligación en que, bajo la fianza de su hermana doña María y de cierto Pero García, calcetero, se comprometía a dar y pagar a Gregorio Romano, para el día de San Juan del siguiente año, «quarenta e quatro mill e quatro cientos e setenta e dos

maravedís de la moneda usual, los quales son por razón de quatro candeleros, dos grandes y dos pequeños, e cinco taçones, dos encajados e otro acucharado, e un bernegal e una calderica, todo ello de plata, que pesó todo ello diez e siete marcos menos un real, a dos mill e dozientos e diez maravedís el marco, e los maravedís restantes son de la hechura de la dicha plata». Era un préstamo encubierto bajo la forma de una venta.

Ni Rodrigo pudo llevar a exacto cumplimiento esta obligación, ni, lo que es peor, dispuso de veinte ducados para abonar la renta de las casas correspondiente al primer medio año. El dueño de ellas, Diego de Gormaz, hizo la consiguiente reclamación, y doña María dijo «no tener dinero, pero que le daría prendas por lo corrido, que heran veynte ducados, e ansy dió... una saya de terciopelo negro e una ropa de terciopelo negro rayda».

Pasado el día de San Juan sin que Cervantes pagara su deuda a Gregorio Romano, éste hizo que le encarcelaran por justicia y pidió que se embargaran así sus bienes como

los de doña María. He aquí, como cosa curiosa, la lista de los efectos embargados:

«Primeramente una manta frazada blanca.—Otra colorada.—Mas quatro sábanas.—Mas otras dos mantas frazadas biejas.—Mas tres almohadas de cama, las dos llanas y la vna labrada.—Mas unas calzas amarillas.—Mas un jubón blanco.—Mas un sayo pardo biejo.—Mas cuatro colchones.—Mas un repostero, con las armas de un castillo y unas cruces.—Mas un tapiz de verdura.—Mas una alhonbrilla.—Mas un chapeo de terciopelo con un cordon de seda.—Mas unos zapatos de terciopelo.- Mas otra alhonbrilla bieja.—Mas cuatro almoadas de estrado.—Mas una silla de cuero.—Mas tres libros, el uno de Antonio y el otro de pratica de çurugía, y otro libro de las quatro enfermedades.—Mas una espada.—Mas un cofrecillo de joyas.—Mas unas chinelas de raja.—Mas una bigüela.—Mas otra almohada de cama con su lana.—Mas una arca con las cosas siguientes: Una capa negra llana y un sayo de lo mismo, aforrado de tafetán.—Mas ocho servilletas de mesa.—Mas un jubon blanco.—

Mas una caja de cuchillos dorados.—Mas dos sabanas y una tabla de manteles.—Mas otra almoada.—Mas unos çaragüelles de lienzo biejos.—Mas otra almoadica pequeña.—Mas otra almohada labrada de colorado.—Mas dos toballetas de lienço.—Mas un niño Jesus en una caja de madera.—Mas un sayo de tafetan acuchillado.—Mas una mesa de nogal con sus bancos.—Mas dos sillas de caderas, quebradas.—Mas un banco de sentar, de pino.—Mas otros tres colchones buenos.—Mas otra manta frazada buena.—Más dos sábanas de Ruan.—Mas dos almohadas de cama blancas.—Mas una manta de piel bieja.»

Alegó doña Leonor de Torreblanca que estos bienes no eran de su hija doña María, sino suyos propios, y obtuvo la devolución. Rodrigo, por su parte, pidió la excarcelación, fundándose en que era hijodalgo notorio de padre y abuelo de solar conocido, y, como tal, no podía ser preso por deudas. Para demostrar su cualidad de hijodalgo, dispuso una información testifical en Valladolid, Madrid y Alcalá de Henares,

Rodrigo de Cervantes, preso en Julio de 1552, quedó varias veces en libertad provisional, que aprovechó para dirigir su prueba. Esta se hizo en Valladolid activamente, y fué de todo punto favorable al padre de Miguel. En los comienzos de 1553 se tramitó la de Alcalá y Madrid, en presencia del mismo Rodrigo. Obtuvo éste provisión real en 5 de Enero de aquel año; el día 12 daba poder en Alcalá, llamándose vecino de ella, al procurador Alonso Rodríguez; el 18 comparecía ante el licenciado Céspedes de Oviedo, corregidor de la villa de Madrid, y presentaba la provisión real; el 26, hecha la probanza en ambos lugares, hallábase de nuevo en la cárcel de Valladolid.

La hermana de Rodrigo, doña María, marchó también a Madrid, según parece; pero el resto de la familia debió de quedar en Valladolid. Cuando Diego de Gormaz, dueño de la casa de Sancti Spiritus, reclamó a doña María los veinte ducados correspondientes a la renta del segundo semestre de 1552, ella dijo que «se yba a Madrid», y como no tenía dineros, le dejó en prenda «un tapiz

de figuras e vn manto de raja guarneçido de terçiopelo», no sin prometerle que «luego le embiaría de Madrid dineros». No fué ella, sin embargo, quien al cabo satisfizo la deuda, porque por testimonio del mismo Gormaz sabemos que «pidiendo este declarante a su madre, que cree se llama doña Leonor, dineros, le a ido pagando, e que a este confesante le ha entregado todo lo que dicho tiene, e le resta deviendo veynte e seys reales, en prendas de los quales está en poder deste declarante vna alonbrilla pequeña; e que save quel tapiz de figuras que estaba en su casa deste confesante, se lo empeñó a turuegano, que fué alguacil de corte, por ocho ducados, e dellos dió a éste que declara para en pago de su devda seys ducados».

***

Cervantes, en el prólogo a sus *Comedias* (1615), escribe lo siguiente:

«Los días pasados me hallé en una conversación de amigos... Yo, como el más viejo

que allí estaba, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación. Fué natural de Sevilla y de oficio batihoja, que quiere decir de los que hacen panes de oro. Fué admirable en la poesía pastoril, y en este modo, ni entonces ni despues acá, ninguno le ha llevado ventaja; y aunque, por ser muchacho yo entonces no podía hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, vistos agora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho.»

Debe tenerse por indudable que donde Cervantes vió representar a Lope de Rueda fué en Valladolid, por los días a que nos vamos refiriendo. En Junio de 1551 ya encontramos a Lope de Rueda en Valladolid, haciendo representaciones con motivo del regreso de D. Felipe; al siguiente año tomó parte en los autos del Corpus. Un mes más tarde el Ayuntamiento de Valladolid, en atención a los méritos del batihoja sevillano, acordó «dar al dicho lope de rueda quatro myll maravedís de salario en cada año por

maestro de las dichas fiestas, con que biba en esta villa y resida».

Desde entonces hasta 1559, Lope de Rueda apenas debió de moverse de Valladolid. En 1554 entabló un pleito con el duque de Medinaceli, en razón a ciertos salarios que se debían a su mujer, la donairosa Mariana de Rueda. Al terminar este pleito, en Marzo de 1557, Lope seguía diciéndose «estante en Valladolid».

En Octubre de 1558 pidió Lope de Rueda al Municipio vallisoletano que le diera «dos suelos para hedeficar casas fuera de la puerta de santisteban», sin duda alguna con propósito de establecer un corral de comedias. Parece seguro que el proyecto se puso en ejecución.

Si Cervantes vió representar a Lope de Rueda siendo «muchacho», y si la coincidencia de ambos en Valladolid está probada, no parece dudoso que fué en Valladolid donde el autor de *El rufián viudo* pudo admirar al autor de *El rufián cobarde*.

No se sabe hasta cuándo permaneció la familia de Cervantes en Valladolid, pero

bien pudo ocurrir que su estancia se prolongara por bastantes años. Favorece esta hipótesis la circunstancia de existir en la biografía de Cervantes una gran laguna que corresponde a este tiempo. Hasta el año 1564, en que vemos a Rodrigo de Cervantes en Sevilla «en la collacion de S. Miguel», nada se sabe sobre el lugar en que residiera la familia.

Así corrieron los primeros años de Cervantes en la noble villa de Valladolid. Con razón pudo, al publicar en 1585 la *Galatea*, hablar de las riberas del «conoscido Pisuerga».

III

Pasaron muchos años. Llegó a ser un hombre aquel muchacho que en Valladolid aprendiera las primeras letras, y trató de buscar la fortuna por caminos varios. Como pensaba que «las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos», echóse por esos mundos, confiando en Dios y en la buena fortuna.

Otras reflexiones se hacía aquel mozo, y eran éstas: «Hay un refrán en nuestra España, a mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y el que yo digo dice: «Iglesia, o mar, o casa real», como si más claramente dijera: «Quien quisiere valer y ser rico, siga, o la Iglesia, o navegue ejercitando el arte de la mercancía, o entre

a servir a los reyes en sus casas»; porque dicen: «Más vale migaja de Rey que merced de señor». Teniendo en cuenta todo esto, Miguel de Cervantes abrazó la carrera de soldado, y como tal anduvo por diversos lugares de Italia. Quedó en Lepanto «estropeado» de una mano; persiguió en Corfú a la escuadra otomana; estuvo en Nápoles con D. Manuel Ponce de León; asistió a la toma de Túnez con D. Juan de Austria y vivió en Palermo como «soldado aventajado»; tomó, en fin, el camino de España y cayó en el cautiverio de Argel. Los ardides, trazas y amaños que él inventó para huir del cautiverio sólo podrían engendrarse en un sutil ingenio y un corazón firme.

Fué rescatado; desempeñó cierta misión en Orán; dió al Teatro en Madrid, con general aplauso, más de veinte comedias; anduvo en amores con cierta Ana Franca, de la que tuvo una niña llamada Isabel; casó después en la villa de Esquivias con doña Catalina de Salazar y Palacios; dió a la estampa su novela pastoril *La Galatea* y comenzó en Andalucía una serie de comisiones, para

la provisión de flotas y recaudación de alcabalas, que hubieron de darle escasos rendimientos y abundantes disgustos. En esta faena se ocupó trece mortales años.

Cuando, después de estas andanzas, llegó Cervantes a Valladolid, ya no era ésta la villa que conociera cincuenta años antes. Era una ciudad populosa y modernizada, restituída a la dignidad de corte por el Monarca Felipe III.

El segundo Felipe había despojado a Valladolid de esta prerrogativa. Cuando, ya investido del manto real, regresó a España en 1559, los vallisoletanos creyeron que había de conservar la corte en su pueblo natal. No fué así. Detúvose poco más que el tiempo necesario para ver la segunda parte del auto de fe del doctor Cazalla, y luego partió de Valladolid para no volver más que de paso.

Ocupó el trono Felipe III, y, a no dudar, merced a las hábiles inducciones del duque de Lerma, pensó en reintegrar la corte a las orillas del Pisuerga. Al finalizar el año de 1599 se corrieron ya rumores que así lo afir-

maban, y, como las Cortes estuviesen abiertas, los procuradores madrileños trataron de evitar el daño. Eleváronse ruegos y memoriales al Monarca, y los defensores de la causa madrileña creyeron conjurado el peligro.

Los de Valladolid, halagados por la esperanza de verse nuevamente con la corte, comenzaron a trabajar ahincadamente El Ayuntamiento nombró una Comisión compuesta por D. Luis de Alcaraz, Alonso de Santisteban y Francisco Calderón, padre este último de D. Rodrigo Calderón, y juntos los tres en Madrid con los procuradores vallisoletanos Alonso Díaz de la Reguera y Andrés de Irízar, dieron principio a sus gestiones. Cierto día, el 9 de Marzo de 1600, Andrés de Irízar apareció en su posada vilmente asesinado, revuelto su aposento y desvalijado su equipaje; y este crimen, que se atribuyó a unos criados del infeliz procurador, suspendió los trabajos de la Comisión mientras se designaba el sustituto de aquél. Lo fué el licenciado Falconi.

Los amigos de Madrid estaban bajo el

peso de la natural alarma. «La plática que andaba de que la corte se había de mudar a Valladolid—escribía Cabrera de Córdoba a 4 de Febrero de aquel año—se tiene por cierto que se ha suspendido, y que por agora se quedarán aquí los consejos, con que estarán contentos los cortesanos del desgusto y costa que les causaría la mudanza de Madrid, allende de los grandes daños que recibía dello esta villa, porque sería su total destrucción y ruina.» «Aunque se había dicho irían [los Reyes] a Valladolid — añadía en 6 de Mayo—han mudado de parecer por la sospecha que hay de poca salud en aquella ciudad; y así, la mudanza que se decía de la Corte a ella, no se hará ni se habla ya en ello.» Los madrileños, pues, se iban tranquilizando.

Hízose público que los Reyes tenían el propósito de realizar un viaje a Valladolid, pasando por varias ciudades y villas, y si bien no faltó quien descubriera en ello un signo inequívoco del próximo traslado, la opinión general no vió en el viaje más trascendencia que la de un agradable pasatiem-

po, o, cuando más, un medio de recabar el servicio de millones que en vano había pedido el Monarca a las Cortes. Mucho había, en realidad, de esto último.

Salieron los Reyes de El Pardo a principios de Junio; se detuvieron en Segovia, en Salamanca y en Medina del Campo, y, después de breve estancia en Tordesillas, encaminaronse a Valladolid.

El miércoles 19 de Julio entraron el Rey Felipe y su esposa Margarita en la ciudad del Pisuerga. El recibimiento fué espléndido. En las casas de D. Bernardino de Velasco, fuera de la Puerta del Campo, esperaron a que les besasen las manos las autoridades y Corporaciones. Hiciéronlo por la mañana el presidente, oidores, alcaldes, fiscales y demás funcionarios de la Chancillería, los individuos del Colegio del Cardenal, la Universidad y los inquisidores y fiscales del Santo Oficio; por la tarde, el prior y cabildo de la Iglesia Mayor.

El Ayuntamiento, para ir en busca de Sus Majestades, se reunió en el monasterio de San Pablo, con los alguaciles, maceros, es-

criбanos y mayordomos, todos ellos lujosamente vestidos. Los regidores llevaban «calças de rraso blanco con telas de oro fino, jubones de lo mismo, queras de rraso blanco acuchilladas de obra, espada y daga dorada con talabartes de terciopelo, trencillas de oro, gorras de terciopelo con plumas de colores, rropas rroçagantes de terciopelo carmesí, aforradas en rraso blanco aprensado, gualdrapas de terciopelo; las guarniciones de los cauallos de lo mismo, con pasamanos, clauaçón, frenos y estribos dorados».

Unido a esta comitiva el Almirante de Castilla, se encaminaron todos a las casas de D. Bernardino de Velasco. Apeáronse de sus caballos, y el corregidor subió a rendir homenaje al Rey, seguido de los regidores y demás oficiales, por orden de antigüedad. Todos desfilaron ante los Reyes, sentados bajo dosel y rodeados de brillante acompañamiento, mientras el corregidor, en un extremo de la sala, expresaba el nombre y cargo de cada uno.

Bajaron luego todos, y en sus caballos llegaron hasta la Puerta del Campo; allí, apeán-

dose, diez y seis regidores de la ciudad tomaron en sus manos el magnífico palio fabricado al efecto. Entretanto, Sus Majestades avanzaron en coche hasta el Hospital de la Resurrección, «donde se subieron en su caballo y canea».

Antes de llegar a la Puerta del Campo, el licenciado Lorenzo de Mesto, oidor de la Chancillería y alférez mayor de la ciudad, salió a recibirlos con varios regidores y los escribanos mayores del Ayuntamiento, «y juan de salcedo, el más antiguo, con una fuente de plata sobredorada y en ella dos llaues de plata fina de a quarta cada llaue». Mesto significó a los Reyes que la ciudad recibía gran contentamiento con su llegada, y que «le entregaban las llaves della a su magestad». El Monarca contestó mostrándose reconocido a sus vasallos y dijo que «las llaves siguieran guardándose como hasta allí». Puestos bajo el palio, los Reyes emprendieron la marcha, precedidos por muchos nobles, por cuatro reyes de armas y por el duque de Lerma con el estoque desenvainado.

Todas las casas estaban muy bien arregladas y entoldadas, y calles y plazas sembradas de yerbas y flores. En la Platería, los plateros presentaron «rricos aparadores de pieças de plata y oro de mucha rriqueza».

Llegando a la Iglesia Mayor, se apearon Sus Majestades «y entraron en el tránsito que ay de la puerta del leon asta la yglesia, donde estaua el prior y cabildo y un sitial de brocado, y al pie dél sus almoadas donde se yncaron derrodillas sus majestades y adoraron la cruz». A continuación, con acompañamiento de música y cantando el *Te Deum*, los llevaron a la capilla mayor, donde rezaron breves instantes; y, por último, salieron de la iglesia y marcharon con todo el séquito al palacio del conde de Benavente, donde habían de alojarse.

En días sucesivos menudearon las fiestas y diversiones. Convencido el Municipio vallisoletano de que todas sus esperanzas habían de cifrarse en el duque de Lerma, pidió al Monarca que nombrase a su favorito regidor de la ciudad; y el Rey lo otorgó así, dándole el derecho de asistir a las sesiones

armado de espada y daga, de perpetuar el cargo en sus herederos y de tener voz y voto inmediatamente después del corregidor. Tomó el duque posesión de su cargo en 14 de Agosto; al día siguiente hizo poner a discusión el servicio de millones, y obtuvo, naturalmente, su aprobación.

Cerca de mes y medio permanecieron los Reyes en Valladolid. El día 1 de Septiembre, don Felipe, inopinadamente, tomó el camino de Madrid sin llevar a su esposa; pero una vez en aquella villa mandó en su busca al Cardenal de Toledo.

Los madrileños, seguros ya de la mudanza, tocaron el cielo con las manos. Acudieron a cuantas personas podían tener ascendiente cerca del Monarca, escribieron memoriales y exposiciones, pusieron en juego la acción de monasterios, hospitales y cofradías, y hasta apelaron al recurso de las dádivas, solicitando de Su Majestad licencia «para ofreçer al sr. duque de lerma una casa en que se avezinde en madrid o cien mill ducados para ella». Como nada de esto bastara, tuvieron la peregrina ocurrencia—como

si tratasen de contraponer el poder divino al poder humano—de disponer rogativas, novenas y procesiones públicas, con sus correspondientes disciplinantes, para impetrar el favor del cielo contra la resolución del Monarca.

A mediados de Diciembre recibieron los madrileños el golpe fatal con el bando en que se pregonaba el traslado. La publicación oficial se hizo en 10 de Enero de 1601, y don Felipe, sin más demoras, partió al siguiente día, dando órdenes a sus aposentadores para que en su nueva residencia lo preparasen todo convenientemente. El día 15 salió la Reina con las damas y servidumbre, uniéndose a su esposo en Guadarrama. Todavía el Cardenal de Toledo, avistándose con el duque de Lerma, probó de conseguir que se interrumpiera el viaje; pero aquél contestó que no era posible revocar el acuerdo.

El día 9 de Febrero entraron los Reyes en Valladolid, en medio del natural entusiasmo. Entretanto la villa del oso y del madroño quedaba en la aflictiva situación que decía aquel romance anónimo, divulgado, con

otros muchos papeles en verso y prosa, a modo de lamentación y consuelo:

«Madrid vino como viuda
por ausencia de su amante,
vertiendo sus ojos bellos
más agua que lleva el Gange.
Es un pedernal su pecho,
mas sacan miserias tales
como vara de Moisén,
agua de sus pedernales.»

***

Decíamos antes que al llegar Cervantes a Valladolid, ya no conocería la antigua villa donde había corrido su infancia, y la suposición no puede ser más lógica. Valladolid había sufrido muchas transformaciones.

Era una ciudad de sus 15.000 vecinos, comparada por la gente con las mejores del mundo. Reputábase, como decía Botero Benes, y repetía su émulo fray Jaime Rebullosa, como «el más hermoso pueblo, no sólo de España, pero y aún de Europa». Matías de Novoa la describía como «ciudad en Castilla de mucha consideración, antigüedad, grandeza

y magnitud, de hermosos edificios, suntuosos templos y ricas fábricas para la hospitalidad». Y así, por este estilo, otros muchos geógrafos y viajeros, bien que algunos menos contentadizos o más partidarios de Madrid, se mostrasen desacordes con tal opinión.

Tenía Valladolid edificios suntuosos. Escritor de la época hay que fija en 400 sus casas grandes o palacios, todos ellos de cantería, mas con pintura imitada al ladrillo, y con sus patios de claustro. Eran los principales los del Almirante, del Condestable, del conde de Benavente, del duque de Lerma (luego palacio real) y de D. Galván Boninseni de Nava. La mayor parte del caserío, sin embargo, estaba constituído de sólido tapial, y por ello la musa madrileña de Quevedo hablaba en un romance de este modo:

«Mas que se hayan atrevido
a poner algunos mengua
en tus nobles edificios,
es muy grande desvergüenza;
pues si son hechos de lodo,
de él fueron Adán y Eva,
y si lo mezclan de estiércol
es para que con él crezcan.»

Admiración de propios y extraños era la famosa plaza de Valladolid. Ya algunos años antes, D. Luis Zapata, en su *Miscelánea*, escribía lo siguiente: «La mejor plaça, la mayor de Valladolid, o el Ruxio de Lisboa, o la de Medina del Campo, o la del Duque, de Bergança, o la de ante Palaçio de la Casa Real».

Destruída por el memorable incendio de 1561, se reedificó conforme a instrucciones del propio Felipe II, y tal quedó en su remozamiento, que aquel donoso comediante Agustín de Rojas Villandrando pudo poner en boca de su compañero Ríos estas palabras: «Esa es la mejor que yo he visto en España.» Veamos cómo la describen Medina y Mesa en las *Grandezas y cosas notables de España:*

«Es, pues, aquesta plaça muy grande y casi quadrada. El un lado suyo tienen las casas de consistorio, que son muy grandes y de marauilloso edificio, con mucho ventanage y galería. La otra parte o lado contrario ocupa la frente del monesterio de san Francisco, que es muy grande y rico, con muchas

tiendas de mercaderes, joyeros y oficiales, que van por todas las casas deste lado, debaxo de muy grandes y muy sumptuosos portales. Llámase todo este lado la hazera de san Francisco; las casas son muy altas y grandes, de muy gentil obra, para mucha duración, muy bien repartidas, con muy buenas quadras y aposentos. Todas son yguales en la altura, como cortadas con una tijera. Todas tienen a tres altos muy bien proporcionados, yguales los de unas con los de las otras. Todas tienen portales de estraña altura y grandeça sustentados sobre muy altas y fuertes columnas, debaxo de los quales cabe desenfadadamente mucha gente como en una calle bien ancha. En el primer alto tienen todas las casas una mano, sus ventanas muy grandes y anchas con sus balcones o medias rexas muy galanas y fuertes. Todos estos balcones o rexas tienen una misma traça y figura, una misma distancia del suelo, una misma grandeça, y alcánçanse todos los de una casa a los de la otra, de manera que por ellos se puede pasar y andar de las unas casas a las otras por todo el trecho ade-

lante que van las casas desta obra nueva. En el segundo alto tienen también todas las cassas su par de ventanas muy hermosas y capaces, todas con sus rexas muy buenas y vistosas. Tienen estas assí mismo una misma traça, disposición, ygualdad y forma, como lo tienen también las rexas baxas. Después en los últimos altos tiene cada casa sus galerías y otras muchas ventanas, y todas con una misma traça e ygualdad en todos los edificios. De manera que todas tienen una misma grandeza, una misma figura y forma, unos mismos colores y una misma disposición en todo. De manera que para acertar a bolver a una casa y tienda destas quien no es muy conuersado en ellas, ha menester contar las casas desde el principio de la calle o plaza, o a de notar alguna señal muy notable, o a de seguir otra traça que le valga; donde no, es muy cierto el errar y andar dudando de la casa que busca. El tercero y quarto lado de la plaça son de casas y edificios de la misma obra y traça totalmente que la hazera de san Francisco. El uno destos lados tiene tantas calles que

salen de la plaça, que el que entra por ellas dentro, si no está muy acostumbrado en el pueblo, no acierta a bolver por la calle que entró; todas estas calles son muy anchas y derechas, y todas de la misma obra y edificios que tengo dichos de la hazera de san Francisco, con los mismos ventanajes, colores, grandeça, ygualdad, portales y columnas, las quales más abaxo de la plaça hacen una tal buelta y van de tal manera ordenadas las casas y calles haziendo unas islas de las casas, que como en labirinto se pierden aquí los forasteros que no son muy diestros y no han por muchas veces aprendido a andar y desembaraçarse de aquel corrillo, que assí le llaman los naturales, por la forma que tiene, y aun porque a muchos haze andar en corro perdidos sin saber salir dél por algún rato, aunque no es muy grande.»

Otra plaza notable era la del Ochavo, donde se hallaban establecidas las más ricas tiendas. De su belleza, bien que dirigiendo a los mercaderes el obligado picotazo, se hace eco el mismo Quevedo:

«¿En qué ha pecado tu Ochavo
siendo una cosa tan bella
que como en real de enemigos
ha dado sobre él cualquiera?
De su castillo y león
son uñas y son troneras
los mercaderes que hurtan
y lo obscuro de sus tiendas.
De esto pueden decir mal,
pues los sastres que en él reinan
de ochavo le hacen doblón
con dos caras que le prestan.»

Y el poeta Jerónimo Camargo y Zárate se expresaba así:

«Dijo Pedro, besando la nieve
que ya por su causa miró derretir:
«En tus manos más valen dos blancas
que todo el Ochavo de Valladolid.»

En punto a riqueza, nada podría compararse a la famosa Platería, emporio y filigrana de la ciudad. «Esta es la Platería—decían Medina y Mesa—porque toda ella de una parte y de otra está llena de riquíssimas tiendas de plateros; la calle es muy ancha, que pueden yr por ella más de tres o quatro coches juntos sin embaraço ni impedimento de la gente; son todas las casas de esta calle, que es muy larga, de la reedificación y obra

nueva, todas de unos mismos colores, grandeça y figuras, con ygual número de altos con sus balcones y rexas más altas, ventanage y galerías.»

Para su esparcimiento tenían los vallisoletanos hermosas *salidas* o paseos. Uno de ellos, que se frecuentaba en invierno, era el Campo, continuado por el Espolón. «Ceste place—transcribamos con su propia ortografía lo que decía en 1604 el viajero francés Barthélemy Joly—est ronde et grandissante, pour cela l'appellent' ilz le Champ; elle a en son tour environ douze petit monasteres et les logis de tous les ambassadeurs qui sont a la court.» El Espolón se alzaba sobre el Pisuerga con un airoso pretil construído por el Ayuntamiento en aquellos años de la corte y dominando una vista magnífica. «En acabándose el puente—estas son palabras del portugués Pinheiro da Veiga—, sobre el cual se va continuando el pretil y baranda por más de otras treinta brazas hasta Nuestra Señora de San Llorente, entre el río y muro, junto con la fuente de Argales, que está en medio, creo que no habrá cosa más soberbia

por naturaleza y sitio, principalmente cuando, en un día de sol, salen las damas, como hormigas que asolean sus graneros, a hacer plaza de sus gentilezas.»

¿Qué decir del paraje que, caminando río arriba, admiraba el curioso? Surcaban el Pisuerga galeras y barcos enramados, y en la orilla opuesta, como vergel pintoresco, se descubría la huerta del duque de Lerma, donde el gusto y la riqueza, en armonioso consorcio, habían agotado sus recursos. Campos de caza artificiosamente dispuestos; enormes pajareras donde revoloteaban cientos de avecillas; jardines encantadores con alabastrinas fuentes de caprichosas invenciones; suntuosos edificios que en su interior guardaban obras sobresalientes de Rafael, de Miguel Angel, de Leonardo, de Mantegna y de otros maestros de la pintura... La vista no se saciaba de ver y admirar.

Por el verano, los vallisoletanos paseaban en el Prado de la Magdalena. ¡Deleitable paseo! Dejemos a Quevedo que lleve los extremos de su sátira y de su madrileñismo hasta el punto de negar las excelencias del Prado:

«¿Hay algo como tu Prado,
donde cada primavera
en vez de flores, dan caspa
los árboles, si se peinan?»

Testimonios hay de sobra, que nos demuestran lo injusto de estas burlas. El Prado de la Magdalena era un bosque de álamos que medía en redondo más de 5.000 pasos; entrábase en él por numerosas puertas, y principalmente por un puente de piedra que abocaba a la *Carrera de los Caballos*, así llamada por probarse en ella los que llegaban a la corte. El Esgueva, juguetón y transparente, entraba en el Prado, y, dividido en varios brazos, se extendía por entre los álamos, aquí y allá cruzado por puentes de piedra y madera. De la animación, jovialidad y compostura con que allí se reunían los vallisoletanos, se hacen lenguas los testigos presenciales. «Señores y damas, caballeros—dice Barthélemy Joly—se pasean a pie, en coche o a caballo, pasando con airoso porte en lento desfile, tanto para disfrutar el placer de este lugar, como para darle a los demás. Los caballeros se acercan a los estribos de un

coche lleno de damas, o siguen el paseo en otro sitio de este prado; unos se entretienen platicando, o leen un libro bajo la arboleda; otros escuchan el concierto de los violines, o bien ellos mismos cantan, acordando su voz con el son de las guitarras, pasando así el tiempo en estos gentiles y loables ejercicios, a pie y a caballo, a la mira uno de otro, de todas suertes de calidad y condición, aun de iglesia y religión; así, no se ve más que modestia, ostentando este concurso más silencio que ruido confuso e indiscreto de populacho o insolencia de lacayos.» ¿Y el día de San Juan, en que se celebraban los «bailetes y jerigonzas del sol»? La alegría llegaba entonces a su grado máximo.

Todos estos encantos, y otros muchos que no es preciso detallar, hacían de Valladolid una corte ideal. Nada digamos de la importancia que le prestaban la Universidad, los colegios de Santa Cruz y San Gregorio y los numerosos conventos por toda la ciudad repartidos.

Al llegar la corte, se urbanizó considerablemente la ciudad. El Ayuntamiento conce-

dió ventajas a los que edificasen casas, y en vista de ello, y con la esperanza de pingües ganancias, hubo muchos propietarios que pusieron manos a la obra. Una junta de policía, presidida por el conde de Miranda, ordenó que todas las casas se construyesen conforme a una traza determinada, con tres pisos y la fachada pintada de blanco y encarnado. Así se cumplió.

¿Qué mucho que a tan brillante corte acudiesen, como moscas a la miel, los más encumbrados paladines de las letras y de las artes? Allí Quevedo, que pisó las aulas universitarias como estudiante de filosofía y teología; allí Salas Barbadillo, también alumno de la Universidad; allí Góngora, entregado a la sátira cortesana y a sus trabajos de pretendiente; allí Vélez de Guevara, trazando planes para sus obras dramáticas; allí Bartolomé Leonardo de Argensola, ya respetado y favorecido por la fortuna; allí Vicente Espinel, observador sutil de usos y costumbres; allí don Gonzalo de Céspedes y Meneses, incorregible buscador de aventuras galantes; allí el príncipe de Esquilache, modelando sus

flexibles romancillos; allí Pedro de Espinosa, dedicado a recoger materiales para las *Flores de poetas ilustres;* allí Agustín de Rojas Villandrando, *el caballero del milagro*, repartiendo sus actividades entre las letras y la farándula; allí, en fin, otros muchos escritores de menor cuantía, que prolongarían esta lista con exceso.

Al lado de los poetas forasteros se agrupaba un meritísimo contingente de poetas indígenas. El doctor Pedro de Soria, natural de Olmedo, elogiado por Cervantes en su *Canto de Calíope*, por Lomas Cantoral en sus *Obras*, y por González Dávila en su *Teatro Eclesiástico*, descollaba entre los demás «cual entre las menores tiernas plantas se levanta el ciprés con gallardía». El doctor Pedro Sánchez de Viana, nacido en el lugar de este nombre, gran traductor de las *Metamórfosis*, de Ovidio, y del libro *De Consolatione*, de Boecio, autor de unos *Equívocos morales*, de un poema sobre «la excelencia del hombre» y de varias poesías, aún conservaría sus antiguas aficiones. El viejo regidor Pero López Enríquez de Calatayud, traduc-

tor del *Orlando*, de Ludovico Dolce, dejaba de asistir por aquella fecha—1601—a las sesiones del Ayuntamiento. El doctor Alonso López *Pinciano*, ya famoso por la *Filosofía antigua poética* y por la obra *Hippocratis prognosticum*, ocupado por entonces en imprimir su poema *El Pelayo*, tal vez vino a Valladolid después de morir doña Mariana de Austria, de quien era médico. También, en los últimos tiempos de la corte, pasó de Italia a Valladolid, su pueblo natal, el conspicuo Cristóbal Suárez de Figueroa, que todavía había hecho pocos ensayos literarios.

Con todo esto no llamará la atención que Miguel de Cervantes, rematada ya la primera parte de su *Quijote*, se trasladara también a Valladolid.

***

No se sabe con exactitud cuándo llegó Cervantes a Valladolid; pero hubo de ser después del 24 de Enero de 1603. Con esta fecha el contador Domingo de Ipenarrieta, refiriéndose a la cuenta que Cervantes ha-

bía de dar de las cantidades percibidas en Andalucía como alcabalero, decía que «para que la viniese a dar se han dado cartas para que el Sr. Bernabé de Pedroso le soltase de la cárcel donde estaba en Sevilla, dando fianzas de venir a darlas dentro de cierto término, y hasta ahora no ha venido, ni hay razón de las diligencias que se han hecho». La cantidad de que Cervantes había de responder era muy pequeña, pues casi íntegramente había entregado en arcas los 2.557.029 maravedís, de cuya cobranza estuvo encargado.

En 30 de Junio de 1605, al declarar doña Constanza de Ovando, sobrina de Cervantes, en el proceso de Ezpeleta, fijaba en «un año que está esta confesante en la corte». Parece probable que entonces llegase a Valladolid toda la familia, sin que nada digan en contrario, por no expresar lugar de data, ciertos recibos de ropa blanca suscritos a 8 de Febrero de 1603 por doña Andrea de Cervantes.

Los individuos de la familia que en Valladolid tomaron domicilio fueron estos: Miguel

de Cervantes Saavedra, el manco glorioso; doña Andrea de Cervantes y doña Magdalena de Sotomayor, sus hermanas; doña Isabel de Saavedra, su hija natural, y doña Constanza de Ovando, su sobrina, hija de doña Andrea.

Cervantes tenía cincuenta y siete años, bien azarosos y trabajados. Su hermana doña Andrea contaba sesenta años, y era viuda de *Sante Ambrosio,* florentín; no obstante, su hija doña Constanza, que andaba alrededor de los treinta y cuatro años—aunque ella no los confesara—, decíase «hija de Nicolás de Ovando», personaje de quien no hay la menor noticia. Doña Magdalena, como ya sabemos, había nacido en Valladolid por los años de 1554. Doña Isabel, nacida de las relaciones entre Cervantes y Ana Franca o de Rojas, tenía sus veinte años.

Cuando Cervantes llegó a Valladolid—si llegó por la fecha supuesta—, se estaban acabando de construir en el Rastro de los Carneros cinco casas de que era propietario Juan de las Navas.

Este Juan de las Navas era hombre activo

y emprendedor. Administrador de las carnicerías primero y de la velería después, la suerte no le favoreció en sus negocios. Con la venida de la corte se encarecieron desmesuradamente los géneros y esto perjudicó en crecidas cantidades las contratas que tenía hechas. En tal grado fué esto, que para salir del paso hubo de constituir un censo sobre sus bienes, incluídas las casas del Rastro.

El antiguo Rastro (matadero y mercado de carnes) hallábase situado en la orilla derecha del Esgueva. En sus proximidades había diversas viviendas, humildísimas todas ellas, habitadas en su mayor parte por carniceros y tratantes. Como este Rastro fuera insuficiente para las necesidades de la población, se acordó construir otro en la orilla opuesta del río, que vino a llamarse *Rastro nuevo* o *de los Carneros*. Del Rastro viejo al nuevo se pasaba por un puente, precisamente situado frente a las casas de Juan de las Navas.

Río abajo, y lindando con estas casas, estaban las de Juan Sanz de la Fuente y Francisco López. Poco más allá, dando acceso a

la del Perú, se abría una calle, y frente a ella un puentecillo de madera cruzaba el Esgueva. Cuando a él se refieren los contemporáneos de Cervantes, tienen siempre buen cuidado en designarle por «la puentecilla de madera», y esto parece ser una fórmula diferencial, demostrativa de que el otro puente—el situado frente a las casas de Juan de las Navas—era de piedra.

Seguíase inmediatamente el Hospital de la Resurrección, en cuya portada, y ocupando un nicho del Renacimiento, se veía la figura de Cristo resucitado, y a sus pies, grabada en la piedra, la siguiente fecha: *1579*. En aquel lugar había tenido en tiempos su domicilio la cofradía de la Consolación y Concepción, a la cual García de Sagredo legó en el siglo XV el derecho de mancebía, como fuente de ingresos para mantenimiento de los pobres. En 1553 salieron del local las *mujeres enamoradas* que le ocupaban, y, poco a poco, mediante obras sucesivas, fué mejorándose el Hospital, del cual se hicieron cargo en 1591 los hermanos de San Juan de Dios,

Tal aspecto, pintoresco a su modo, ofrecía el Rastro y sus inmediaciones cuando allí vivía Cervantes. Cuenta Pinheiro da Veiga que los viernes había «colgados en el Rastro, donde se venden a ojo, quinientos o seiscientos [carneros], como pájaros, con las ancas deshechas, tan gordos que se andan tomando de los magros, y pesa un carnero sesenta y setenta arrates».

Cervantes, con su familia y una criada llamada María de Ceballos, montañesa, ocupaba un principal en las casas de Juan de las Navas. Dos de éstas, comunicadas interiormente, se mandaban por una misma puerta; en el portal de la otra había una taberna. A ésta correspondía el piso de Cervantes.

El otro principal estaba habitado por doña Luisa de Montoya, viuda de Esteban de Garibay—el autor del *Compendio historial*—y sus hijos D. Luis, clérigo, y D. Esteban, muchacho de catorce años. Muerto en 1599 aquel meritísimo cronista y aposentador de Su Majestad, su familia se había establecido en Valladolid por atracción de la corte.

En el segundo piso arriba de Cervantes

vivía doña Mariana Ramírez con su madre y unas niñas pequeñas, sus hijas. Tenía doña Mariana unos treinta años, y recibía con demasiada asiduidad las visitas de D. Diego de Miranda, caballero del hábito de Santiago, que andaba por los cuarenta y siete. Tanto menudearon las visitas, que terminaron por un proceso de amancebamiento.

A su mano derecha, el piso segundo tenía vecindad más heterogénea. Vivían en él doña Juana Gaitán, viuda de aquel gran amigo de Cervantes que se llamó Pedro Laínez; una sobrina suya, doña Catalina de Aguilera, de veinte años, soltera; doña María y doña Luisa de Argomedo, hermanas, viuda la primera, de treinta y cinco años, soltera la segunda, de veintidós; doña Jerónima de Sotomayor, de veintitrés años, mujer de Rodrigo Montero, continuo del duque de Lerma; y, por último—si bien esto no es seguro—, el propio Montero, marido de doña Jerónima. En esta habitación había frecuentes visitas de caballeros, como eran el duque de Pastrana, el conde de Concentaina, don Francisco Zapata y otros. De

estas visitas se murmuraba mucho en la vecindad; pero si hemos de dar crédito a las interesadas, los dos primeros iban con motivo de un libro que Pedro Laínez les había dedicado, y el último era deudo de Alonso Enríquez, difunto marido de doña María de Argomedo.

Por último, en un cuarto alto o buhardilla de la casa, vivía Isabel de Ayala, viuda del doctor Espinosa, que andaba en hábito de beata. Sabía al dedillo todos los sucesos de la vecindad, y aun acaso inventaba algunos.

Cervantes, durante su estancia en Valladolid, hubo de acudir indistintamente a su pluma y a su conocimiento de los asuntos mercantiles para buscar la subsistencia de los suyos: doña Andrea, su hermana, decía ser «hombre que escribe e trata negocios e que por su buena habilidad tiene amigos». Visitábanle, en efecto, Simón Rajio, asentista genovés, que había trasladado su *escritorio* de Madrid a Valladolid, y Simón Méndez, portugués muy experto en cosas rentísticas. A motivos muy distintos atribuía la

citada Isabel de Ayala la entrada de Simón Méndez en casa de Cervantes.

También era visitante de nuestro manco el señor de Higares, D. Fernando de Toledo, en razón a la «amistad que tenía con él desde Sevilla» y a que las mujeres de la casa le habían hecho «una manga para el juego de cañas».

Si, como parece verosímil, Cervantes se trasladó a Valladolid ya entrado el año 1604, es también probable que a su paso por Madrid dejase en la imprenta de Juan de la Cuesta el manuscrito de la primera parte del *Quijote*. Una vez en Valladolid, gestionó el privilegio para la impresión de su obra, que fué, en efecto, despachado con fecha 26 de Septiembre de 1604.

En el mes de Enero de 1605, según las conjeturas mejor fundadas, salió a luz la primera parte del libro inmortal. Rapaces impresores comenzaron a estampar ediciones furtivas, y Cervantes trató de evitar el daño. Con fecha 11 de Abril, por documento otorgado ante el escribano Tomás de Baeza, declaraba haber vendido al librero Francisco

de Robles los privilegios del *Quijote* y le autorizaba «para ynpedir que no se benda el dicho libro sin su orden y consentymyento». Al día siguiente, ante el escribano Juan Calvo, daba poderes para perseguir las reimpresiones fraudulentas de Portugal, y otro tanto hizo poco después, a fin de impedir el mismo abuso en el reino de Valencia.

Los sucesos memorables se sucedían sin interrupción en la ciudad del Pisuerga; pero Cervantes, supuesto que llegara a Valladolid en la fecha ya dicha, no pudo presenciar algunos dignos de nota que se desarrollaron en los primeros años de corte. No vió la jura de paces con Francia, hecha solemnemente en la Iglesia Mayor, con asistencia del embajador de aquella nación; ni la llegada de Uzen Ali Beg, enviado de Shah Abbás, rey de Persia, que traía a Europa la misión de solicitar el apoyo de los más poderosos monarcas contra el turco; ni el bautizo de la infanta doña Ana María Mauricia, en que fué padrino el duque de Parma; ni las fiestas de la canonización de San Raimundo, con danzas, luminarias, procesiones y comedias; ni,

en fin, otros muchos regocijos y diversiones que hasta 1604 amenizaron la estancia de los Reyes. Parece probable, en cambio, que estuviese al memorable *faquín* o *estafermo* organizado por el príncipe del Piamonte, y es seguro que asistió como testigo presencial a las fantásticas funciones que acompañaron al bautismo de Felipe IV y llegada del almirante inglés lord Charles Howar of Effingham.

La Reina doña Margarita dió a luz el día 8 de Abril de 1605, Viernes Santo. La noticia de que la corona tenía ya un heredero causó general entusiasmo, y nobles, Municipio y pueblo se dispusieron a manifestarlo.

El día 18 se celebró una máscara o encamisada dispuesta por el Ayuntamiento. Todos los nobles y regidores de la ciudad marchaban de dos en dos, ricamente aderezados y precedidos de cuarenta atabales y trompetas y de un carro triunfal. Este carro, invención del secretario Tomás Gracián, estaba lleno de símbolos y de alegorías: la figura de Valladolid, representada por una mujer, remataba unas gradas; sobre un

globo, representación del mundo, se alzaba la Felicidad católica conduciendo el lábaro; repartidas por el carro se veían las figuras de Mercurio, Juno, la Fortuna, etc.

El día 26 entró en Valladolid, por la Puerta del Campo, el almirante de Inglaterra. Venía desde La Coruña acompañado por D. Blasco de Alagón, comendador de la Orden de San Juan, y traía un séquito tan numeroso como lucido. Más de mil cabalgaduras habían salido de orden del Rey Felipe para disponerle el abastecimiento de provisiones por el camino. Cuando, esperados por miles de personas, se disponían a entrar en la ciudad sir Charles Howar y su acompañamiento, un chaparrón tremendo produjo la dispersión general.

El primer día de Pascua, 29 de Mayo, se celebró el bautizo del príncipe. Por la mañana hubo procesión para inaugurar el capítulo general de los Dominicos, con asistencia de fray Jerónimo Xavierre, general de la Orden, y de 600 religiosos, entre ellos 32 provinciales y definidores de todas las provincias de Europa. Por la tarde se hizo en la

iglesia de San Pablo la solemnísima ceremonia del bautizo, que conocemos en sus más pequeños detalles por los relatos de diferentes plumas. Fueron padrinos el príncipe del Piamonte y la infanta Ana Mauricia; la iglesia estaba colgada con paños de Arras; el augusto niño fué en brazos del duque de Lerma, e impúsole el sacramento D. Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal de Toledo, asistido por el arzobispo de Burgos y obispos de Valladolid, Segovia, Astorga y Osma. Recibió los nombres de *Felipe Dominico Victor*.

El tercer día de Pascua, último de Mayo, salió la Reina a misa en la iglesia de Nuestra Señora de San Lorenzo, y, por la razón que luego se verá, nos conviene conocer los pormenores de este suceso. Helos aquí:

«El Duque de Lerma sacó al Príncipe, nuestro señor, en brazos, y el Duque del Infantado a la señora Infanta, que con ellos iban delante de los Reyes, y detrás de ellos el Marqués de Velada, mayordomo mayor del Rey, y doña Catalina de Zúñiga y Sandoval, Condesa de Lemos, camarera mayor

de la Reina, y luego las dueñas de honor y damas. Delante los grandes y toda la nobleza de la Corte. Fué la Reina, nuestra señora, en una riquísima carroza toda de oro y brocado, y seis caballos de pelo de rata, con las guarniciones de la misma manera, y con su majestad iba la señora Infanta, y el Rey a caballo cabe la carroza, vestido de blanco; detrás iba una litera de la misma riqueza y guarnición del coche, donde iba la Condesa de Altamira, que llevaba al Príncipe, y a su lado, a caballo, el Duque de Lerma, su hermano. El Príncipe de Piamonte, el gran Prior y los grandes titulados y toda la nobleza iban delante del Rey, a cuyo estribo iba el Conde de Gelves, haciendo oficio de primer caballerizo, y delante los caballerizos, pajes y oficiales de la real caballeriza, a pie, que son infinitos, y vellos con el silencio y acatamiento con que van a pie, denotaba bien la majestad de tan gran monarca. Los coches de las damas eran muchos, y todos nuevos, guarnecidos de terciopelo carmesí, con muchos caballeros que las iban sirviendo y acompañando; causó grandísima

admiración ver tanto número de joyas, vestidos y galas, diferentes de los otros días. Ya que llegaban sus Majestades y Altezas a la puerta, salió el Cardenal, con su guión y con su propio hábito, a recebillos, y llegada la Reina, nuestra señora, a la iglesia, salió D. Alonso Manrique, Arzobispo de Burgos, de pontifical, acompañado de los obispos de Astorga, Segovia y Osma, sin pontifical, y del Capellán mayor y capellanes. El cual, habiendo tomado la Reina, nuestra señora, al Príncipe en brazos, de mano de su aya, la dió una vela de cera blanca, con un doblón de a diez en ella, y después de haber hecho las acostumbradas ceremonias entraron en la iglesia, tomando el Duque de Lerma al Príncipe, nuestro señor, y el Duque del Infantado llevó a la señora Infanta, que se puso con su madre en las cortinas, y el Duque de Lerma puso al Príncipe en brazos de la Condesa de Altamira, que, como se ha dicho, es la aya. El Arzobispo dijo la misa de pontifical, diciendo la confesión al Rey el Cardenal de Toledo, y la ofició la Capilla Real, y, acabado, se

volvieron sus Majestades a Palacio con el mismo acompañamiento. El Almirante de Inglaterra, diciendo que tendría por gran favor ver la cerimonia deste día, le llevó don Blasco de Aragón, por orden del Duque de Lerma, y estuvo a la entrada de la Iglesia, detrás de una celosía, sin ser visto, y después le llevó D. Blasco de Aragón a los corredores de la Iglesia de la Cruz, que es en la Platería, desde donde vió volver este real acompañamiento, quedando el Almirante admirado de tanta riqueza y grandeza, confesando esta y muchas veces que los Reyes de Francia y de Inglaterra juntos no la podían igualar.»

Cervantes presenció este memorable espectáculo, y, creyéndole digno de su pluma, le celebró y describió en un romance, que de seguro circularía entonces por la corte de Valladolid, y que luego quedó incorporado a *La Gitanilla*. Es este:

«Salió a misa de parida
la mayor reina de Europa,
en el valor y en el nombre
rica y admirable joya.

Como los ojos se lleva,
se lleva las almas todas
de cuantos miran y admiran
su devoción y su pompa.
Y para mostrar que es parte
del cielo en la tierra toda,
a un lado lleva el sol de Austria
al otro la tierna aurora.
A sus espaldas le sigue
un lucero que a deshora
salió, la noche del día
que el cielo y la tierra lloran.
Y si en el cielo hay estrellas
que lucientes carros forman,
en otros carros su cielo
vivas estrellas adornan.
Aquí el anciano Saturno
la barba pule y remoza,
y aunque es tardo, va ligero,
que el placer cura la gota.
El dios parlero va en lenguas
lisonjeras y amorosas,
y Cupido en cifras varias
que rubíes y perlas bordan.
Allí va el furioso Marte
en la persona curiosa
de más de un gallardo joven
que de su sombra se asombra.
Junto a la casa del sol
va Júpiter; que no hay cosa
difícil a la privanza
fundada en prudentes obras.
Va la luna en las mejillas
de una y otra humana diosa:
Venus casta, en la belleza
de las que este cielo forman.

Pequeñuelos Ganimedes
cruzan, van, vuelven y tornan
por el cinto tachonado
desta esfera milagrosa.
Y para que todo admire
y todo asombre, no hay cosa
que de liberal no pase
hasta el extremo de pródiga.
Milán con sus ricas telas
allí va en vista curiosa,
las Indias con sus diamantes
y Arabia con sus aromas.
Con los mal intencionados
va la envidia mordedora,
y la bondad en los pechos
de la lealtad española.
La alegría universal,
huyendo de la congoja,
calles y plazas discurre,
descompuesta y casi loca.
A mil mudas bendiciones
abre el silencio la boca,
y repiten los muchachos
lo que los hombres entonan.
Cuál dice: —Fecunda vid,
crece, sube, abraza y toca
el olmo felice tuyo,
que mil siglos te haga sombra,
para gloria de ti misma,
para bien de España y honra,
para arrimo de la Iglesia,
para asombro de Mahoma.—
Otra lengua clama y dice:
—Vivas, ¡oh, blanca paloma!
que nos has de dar por crías
águilas de dos coronas,

para ahuyentar de los aires
las de rapiña furiosas,
para cubrir con sus alas
a las virtudes medrosas.—
Otra, más discreta y grave,
más aguda y más curiosa,
dice, vertiendo alegría
por los ojos y la boca:
—Esta perla que nos diste,
nácar de Austria, única y sola,
¡qué de máquinas que rompe!
¡qué de disignios que corta!
¡qué de esperanzas que infunde!
¡qué de deseos mal logra!
¡qué de temores aumenta!
¡qué de preñados aborta!—
En esto, se llegó al templo
del Fénix santo que en Roma
fué abrasado, y quedó vivo
en la fama y en la gloria.
A la imagen de la vida,
a la del cielo Señora,
a la que por ser humilde
las estrellas pisa agora;
a la Madre y Virgen junto,
a la Hija y a la Esposa
de Dios, hincada de hinojos
Margarita así razona:
—Lo que me has dado te doy,
mano siempre dadivosa;
que a do falta el favor tuyo
siempre la miseria sobra.
Las primicias de mis frutos
te ofrezco, Virgen hermosa;
tales cuales son las mira,
recibe, ampara y mejora.

A su padre te encomiendo;
que, humano Atlante, se encorva
al peso de tantos reinos
y de climas tan remotas.
Sé que el corazón del Rey
en las manos de Dios mora,
y sé que puedes con Dios
cuanto quieres piadosa.—
Acabada esta oración,
otra semejante entonan
himnos y voces que muestran
que está en el suelo la gloria.
Acabados los oficios
con reales ceremonias,
volvió a su punto este cielo
y esfera maravillosa.»

Después de sendos y fantásticos banquetes, que el condestable de Castilla y el duque de Lerma ofrecieron al almirante inglés, hízose en un magnífico salón de palacio, el día de *Corpus Christi*, 9 de Junio, la ratificación del juramento de paces con Inglaterra. El viernes 10, hubo grandes cosas. Al medio día se trasladaron los Reyes a la casa de la ciudad, donde se les sirvió la comida. Luego comenzó la fiesta de toros y cañas. «Los toros —dice un testigo de la función—fueron buenos, aunque la mucha gente no los dejaba

menear. Hubo muchos caballeros con rejones, y los que se señalaron fueron el marqués de Barcarrota y un hijo de Cristóbal de Barrios; al duque de Alba le mataron un caballo muy bueno, y otros dos a otros caballeros... No sucedió desgracia, sino en gente ordinaria.» En el juego de cañas tomaron parte ocho cuadrillas, «y delante de S. M.—dice otro narrador—entraron doce acémilas cubiertas de reposteros de terciopelo carmesí con las armas del Rey, bordadas de oro, y los garrotillos y las chapas de las cabezas de plata, y de seda las sogas, las cuales llevaban las cañas; y tras ellas veinte y seis caballos con cubiertas de terciopelo carmesí, y el nombre del Rey en cifra, bordado de oro en ellas con una corona; y luego diez y ocho de los príncipes de Saboya, con cubiertas de terciopelo negras, las tres bordadas las guarniciones de plata blanca y las demás sembradas de lo mesmo, y otros cuarenta y ocho caballos de la cuadrilla del Rey, y muchos más de las cuadrillas, que fueron mucho de ver por haberse traído de Andalucía y otras partes algunos, y así eran todos extremados.

Después entraron por esta orden en el juego de cañas: S. M. delante y a su lado el duque de Lerma, con veinte y cuatro lacayos, que era orden que no entrasen con más ninguna cuadrilla, y tras él iba el corregidor con la de la ciudad; y tras él el condestable con la suya; y después el duque de Pastrana, y luego el duque de Alba; seguíase el duque del Infantado, y tras él el conde de Alba de Liste; y los postreros iban los príncipes de Saboya, todos con muy lucidas libreas y vistosas, que parecieron en extremo bien en la plaza, y se jugaron las cañas y corrieron las parejas muy bien. S. M. se señaló sobre todos en la destreza y bien que lo hizo: Dios le guarde; y el almirante y los ingleses quedaron muy contentos y maravillados de esta fiesta y de los muchos y buenos caballos y libreas que se sacaron en ella. Salió herido el condestable en la cabeza, de una caña que le sacó sangre; pero dentro de dos o tres días estuvo bueno y pudo salir de casa; dicen que se la dieron de la cuadrilla del duque de Alba. Y a ver esta fiesta concurrió toda la corte, y de muchas partes de Castilla

y aun de afuera de ella, con que se hinchieron las ventanas, tablados y terrados de infinita gente».

Para el sábado 11 se dispuso el alarde o «muestra general» de la caballería de las Guardas de Castilla. El acto, que tuvo efecto en la Puerta del Campo y consistió en un desfile de los individuos de aquel cuerpo, arcabuceros, caballos ligeros y otros, pareció a muchos poco de acuerdo con la grandeza de las circunstancias.

La fiesta más sorprendente fué el sarao celebrado el día 16. El salón grande de palacio, colgado con las tapicerías de Túnez, estaba ocupado por lo más ilustre de la corte. En el testero había un templo «de gentil arquitectura», y en la cúspide de éste se erguía la figura de la Fama; tocó la Fama un clarín y prorrumpieron armoniosos coros en una letra que comenzaba así:

«La virtud generosa,
cercada de ministros celestiales,
y de su luz hermosa,
para comunicarla a los mortales,
descendió a donde baña
Pisuerga el trono superior de España.»

Del otro testero de la sala surgieron numerosos pajes con antorchas, y músicos enmascarados, y después un primoroso carro, donde aparecía la infantita Ana Mauricia, representando la Virtud Suprema. Precedíanla seis meninas, sus damas, que simbolizaban otras tantas virtudes: Magnanimidad, Liberalidad, Seguridad, Prudencia, Esperanza y Paz. A los pies de la infanta iban sentados dos niños con hachas en las manos, y cerca de ellos la figura de la Felicidad, representada por la duquesa de Villahermosa.

Salió la infanta del carro y se sentó en una silla de brocado, rodeada de las otras virtudes. Cantaron los coros himnos explicativos de la alegoría, y se descorrió una cortina, tras de la cual apareció un aposento en forma de cielo. De él, en una nube, descendieron catorce héroes y catorce ninfas, de dos en dos, al compás de agradable danza.

Terminada esta primera parte de la fiesta, los Reyes se quitaron las máscaras y comenzó el sarao. Unos bailaron turdión, otros pavanas y gallardas, otros madama de Orliens;

danzaron los dos sobrinos del almirante de Inglaterra, y al comenzar la *danza del hacha,* doña Catalina de la Cerda, notable por su gracia y gentileza, invitó a bailar al Rey y a lord Howar.

El día 18 de Junio partió lord Howar de Valladolid con todos los suyos. Los Reyes, el duque de Lerma, el condestable, el duque del Infantado y otros nobles, enviáronle presentes por valor de muchos miles de ducados, que bien a las claras revelaban la munificencia española.

Todavía en los días siguientes hubo animadas fiestas; pero con esto puede decirse que terminó aquella serie de maravillosos espectáculos que hizo a Pinheiro da Veiga juzgar la corte de Valladolid como «la más espléndida, culta, entretenida y alegre de cuantas en el mundo hay», e inspiró a Góngora su conocido soneto:

«Parió la Reina; el Luterano vino
con seiscientos herejes y herejías;
gastamos un millón en quince días
en darles joyas, hospedaje y vino.
Hicimos un alarde o desatino
y unas fiestas que fueron tropelías

al ánglico légado y sus espías
del que juró la paz sobre Calvino.
Bautizamos al niño Dominico
que nació para serlo en las Españas;
hicimos un sarao de encantamento;
quedamos pobres, fué Lutero rico;
mandáronse escribir estas hazañas
a Don Quijote, a Sancho y su jumento.»

***

Acababa de gustar Cervantes el agrado de tan largas y espléndidas fiestas, cuando se vió mezclado en un suceso que sin duda le produjo sinsabores.

Era el día 27 de Junio, lunes. Aquella noche, después de cenar, doña Magdalena de Sotomayor, en unión de doña Luisa Montoya y su hijo D. Esteban de Garibay, marchó a la iglesia de Nuestra Señora de San Llorente, fervientemente venerada por todo Valladolid. Doña Andrea, doña Constanza y doña Isabel se quedaron esperando. Cervantes—acaso después de escribir un rato—se acostó.

Terminadas sus devociones, doña Magdalena y sus acompañantes regresaron a casa,

hacia las once de la noche. Al llegar cerca de su domicilio, D. Esteban pudo ver que en las proximidades de la puentecilla de madera había un embozado de mediana estatura vestido de negro, y que, a juzgar por el bulto, llevaba espada y broquel. Como aquel hombre no diera muy buena espina a D. Esteban, llamó la atención a su madre y a doña Magdalena — las cuales, por ser cortas de vista, no le distinguían bien — y aun llegó a exclamar: —¡Quisiera tener una ballesta para tirarle!

Entraron en sus respectivos cuartos, y apenas las señoras habían tenido tiempo de quitarse el manto, cuando en la calle se oyeron voces que decían: «¡Cuchilladas, cuchilladas!» Don Esteban se asomó a la ventana y vió a la puerta un hombre que gritaba: «¡Ténganme a ese traidor, que me ha muerto!»; mientras otro hombre huía hacia la Puerta del Campo.

Doña Magdalena también abrió su ventana. No vió a nadie en la calle, pero oyó una voz que decía: «¡Válgame Dios!» «¡El te valga!», contestó. Doña Isabel de Cervantes —

que estaba, sin duda, en habitación distinta a la de su tía doña Magdalena—se asomó también, aunque quiso impedirlo su prima doña Constanza. Lo mismo hicieron doña Jerónima de Sotomayor, doña Luisa de Ayala y otros vecinos, y oyeron decir: «¿No hay caridad para un caballero que le han muerto?»

La alarma cundió. Los perros de los cortadores —y acaso también otros dos del Hospital de la Resurrección, llamados *Cipión* y *Berganza*—, comenzaron a ladrar. El asesino, no obstante, pudo escapar, sin que nadie le fuera a la mano.

D. Esteban de Garibay, entretanto, dijo a su madre: «Señora, señora: a la puerta ha llegado un hombre que pide que le favorezcan y trae una espada desenvainada». Deseosa de hacer una buena obra, doña Luisa mandó a su hijo que bajase con una luz. Don Esteban, acompañado ya de su hermano D. Luis, bajó la escalera con una vela, y halló a un caballero en cuerpo, espada y broquel en mano, al pecho la cruz del hábito de Santiago, y derramando de su cuerpo sangre en abundancia. Recogió D. Esteban la

capa del caballero, caída en el suelo, y don Luis comenzó a llamar a grandes voces a su vecino Miguel de Cervantes, para que le ayudase a subir al herido.

Vistióse Cervantes, y acudió a prestar su ayuda. Subieron al caballero escaleras arriba y le metieron en el cuarto de los Garibays, mientras él, dirigiendose a doña Luisa, decía: «¡Ah, señora, que vengo muerto!». Doña Luisa mandó preparar en el suelo una cama y allí le echaron, mientras se avisaba a un confesor y a un cirujano.

Los vecinos de la casa habían conocido ya al herido. No era otro sino D. Gaspar de Ezpeleta, caballero navarro, grande amigo del marqués de Falces.

Hijo de Matías de Ezpeleta y de doña Catalina del Río, naturales de Pamplona, don Gaspar pertenecía a la Orden de Santiago desde 1598. Probablemente había pasado a Valladolid al mismo tiempo que la corte; pero sólo desde tres meses antes a su desgraciado lance se hospedaba en la casa de posadas de Juana Ruiz, sita en la calle de los Manteros.

Por los indicios, D. Gaspar no andaba muy sobrado de dineros; mas su calidad le permitía figurar con los demás caballeros de la corte. Hacía precisamente pocos días que había tomado parte en un juego de cañas celebrado en la Plaza; y como su desdicha le hiciera sufrir una caída, muy poco airosa a lo que parece, la zumbona pluma de Góngora había escrito dos décimas, hoy muy co nocidas:

«Cantemos a la gineta
y lloremos a la brida
la vergonzosa caída
de don Gaspar de Ezpeleta.
¡Oh, si yo fuera poeta
qué gastara de papel
y qué nota hiciera de él!
Dijera a lo menos yo
que el majadero cayó
porque cayesen en él.

Dijera del caballero
visto su caudal y traza,
que ha entrado poco en la plaza
y menos su despensero;
que si cayera en Enero
quedara con santo honrado,
aunque el Apóstol sagrado,
cuando Dios le hizo fiel,
cayó de alumbrado, y él
cayó de desalumbrado.»

De la *traza* y del *caudal* de D. Gaspar algo podríamos juzgar por el inventario que de sus bienes se hizo después de su muerte, y en que figuraban unas cuantas prendas de vestir, dos espadas, «un libro dorado en latín», otro del «Doctor Villalobos» y muy pocas cosas más. No obstante, D. Gaspar tenía hasta dos pajes y un lacayo.

La vida que D. Gaspar hacía en Valladolid no era muy ordenada. Casi todos los días comía y cenaba en casa del marqués de Falces. A su posada volvía—las pocas noches que volvía—sobradamente tarde. Sus trapisondas y amoríos debían de ser varios; pero el que más compromiso le traía era el de cierta dama, mujer de un escribano llamado Galván, que vivía junto a San Salvador. Parece que Galván llegó a enterarse del caso, y que algún deudo de la infiel esposa, que en su misma casa se alojaba, y aun era amigo de D. Gaspar, despertó en éste temores de venganza; mas parece también que tal peligro desapareció.

Cierto día, hacia fines de Mayo, D. Gaspar salió de la corte con su amigo el marqués de

Falces. La mujér de Galván, aprovechando la ausencia, se presentó, tapada, en la posada de la calle de Manteros y rogó a la huéspeda, Juana Ruiz, la llevase al aposento de Ezpeleta. Una vez allí, entre lágrimas y suspiros, prorrumpió en exclamaciones como las siguientes, que cualquiera diría trasladadas por Cervantes a *Las dos doncellas* o por Lope a *La Dorotea*: «¡Oh, aposento de mis deshonras y de mis desventuras! ¡Oh, traidor, qué mal pago me has dado! ¡Vive Dios, que me lo tienes de pagar, aunque sea de aquí a cien años, y que me tengo de vengar de ti!» Juana Ruiz, curiosa como buena hospedera, destapó dos veces a la dama, sin conocerla, y reiteradamente la excitó a que dijera la causa de sus lamentos. Ella, al fin, confesó su nombre y circunstancias, y dijo que «don Gaspar de Ezpeleta le había tomado dos sortixas de oro, una de unas memorias con unos diamantes y la otra con unas esmeraldas, las quales sortixas le pedía su marido, e que porque no se las daba la había querido matar e la daba mala vida». Insistió en sus llantos y promesas de venganza y luego se marchó,

no sin que Juana Ruiz ofreciera interponer sus buenos oficios cerca de D. Gaspar. No lo hizo ásí, sin embargo, y días después se presentaron dos frailes, los cuales, según creyó entender Juana Ruiz, reclamaron y obtuvieron de Ezpeleta las dos sortijas para llevarlas a la acuitada dama. No obstante, al ser herido D. Gaspar llevaba encima dos sortijas, que parecen coincidir con éstas.

En tales aventuras, en paseos a caballo con el marqués de Falces y en ocios de cortesano, transcurrían los días para Ezpeleta en Valladolid.

El 27 de Junio, día de su malhadado encuentro, D. Gaspar comió con el de Falces. A las cuatro o las cinco de la tarde fué a su posada; se echó desnudo encima de la cama y reposó un rato. Hacia las seis, acompañado de sus dos pajes y lacayo, marchó de nuevo a casa del marqués, a quien tuvo que esperar. Llegado el de Falces, hizo que dieran a su amigo uno de sus caballos, y tomando él otro, salieron a paseo. Ya de noche, regresaron a casa del marqués. Uno de los pajes de D. Gaspar, Francisco Campo-

rredondo, fué a la posada y llevó a su amo un espadín de noche y un broquel. Eran las diez, y los dos amigos habían ya cenado. D. Gaspar tomó el broquel y la espada, echóse al hombro—tal vez para mejor disimular aquella correría nocturna—la capa de su paje, y se lanzó por las calles.

Llegó a la esquina del Hospital de la Resurrección, y ya no tenemos más testimonio que el suyo propio, tal vez encaminado a encubrir la verdad, para reconstruir los hechos. Según él, «oyó una música, la qual se paró a escuchar, e pasada, queriéndose ir la calle adelante, vió un hombre de mediana estatura con un ferreruelo negro, largo, que le dixo que se fuese de allí, que qué hacía allí, y este confesante le había dicho que tarde se iría de allí, y que sobre esto se habían trabado, y este confesante, visto que todavía porfiaba de echarle de allí, había echado mano a la espada que tenía e a un broquel que llevaba, y que ambos a dos se habían acuchillado, e que él se había metido tanto con él, que el dicho hombre le había herido de las heridas que tenía, e que ambos a dos habían

reñido bien, e que no vió qué armas más truxese el dicho hombre de su espada; y que quando reñían, había caído en el suelo y se había levantado, y entonces le había herido; e que no sabe más de que luego que se fué huyendo la calle arriba hacia la puerta del Campo, y este confesante se quedó herido, dando vozes que le habían muerto, y de esta manera fué a la casa donde está».

Ya hemos visto cómo en esta casa D. Gaspar de Ezpeleta ocupó una cama preparada por la caridad de doña Luisa Montoya. A poco de avisado, acudió Sebastián Macías, cirujano y barbero de las Guardas viejas y de a caballo de Su Majestad, y curó a Ezpeleta. Tenía dos heridas: una, en la parte izquierdel vientre; otra, en el muslo derecho. Macías declaró que ambas eran graves.

Apresuradamente llegó también, por haber recibido noticia del suceso, el marqués de Falces, seguido de todos sus criados. Y no se hizo esperar mucho el alcalde D. Cristóbal de Villarroel, que comenzó a practicar las primeras diligencias. D. Gaspar prestó breve declaración, y negó conocer al agre-

sor. Registradas las faldriqueras de sus calzas negras, se encontró lo siguiente: Dos sortijas pequeñas de oro, la una de memorias, con diamantes pequeños, la otra de tres esmeraldas.—Un rosario de ébano.—Un bolsillo con reliquias.—Otro bolsillo en que había yesca, pedernal y eslabón.--Tres llaves pequeñas. Todo ello quedó depositado en Miguel de Cervantes. También llevaba don Gaspar «un papel doblado hecho billete, escripto toda una cara, el qual, sin leherle ninguna persona, tomóle dicho señor alcalde en su poder».

Luego, comenzando por Cervantes, declararon los vecinos, los criados de Ezpeleta y los del marqués de Falces. Estas declaraciones se prolongaron hasta el amanecer, y ninguno de los testigos dijo nada de particular. Sólo Camporredondo, paje del malaventurado caballero, apuntó la sospecha de que el crimen tuviera relación con los amores entre su señor y la dama casada.

Al día siguiente hizo testamento D. Gaspar de Ezpeleta. A las siete de la tarde, después de reiteradas instancias, prestó nueva

declaración, sin que del suceso diera más detalles que los que ya conocemos; el alcalde de Villarroel, fundándose en que «en la casa donde entró herido el dicho don Gaspar de Ezpeleta viven algunas mugeres que en sus casas admiten visitas de cavalleros y de otras personas de día e de noche, adonde asimismo entraba el dicho don Gaspar de Ezpeleta, de que en la vecindad hay grande murmuración y escándalo», dispuso nuevas informaciones a fin de «saber si de la dicha casa salió la persona que hirió al dicho don Gaspar de Ezpeleta, o fué por causa de alguna de las mugeres que viven en ella, y averiguar la libertad con que viven las mugeres que están en ella y que en esta corte no tienen entretenimiento ninguno». Las diligencias practicadas para averiguar si en las iglesias o monasterios había algún «retraído», o si los cirujanos de la ciudad habían curado algún herido en la noche anterior, dieron resultado negativo.

El día 29, a las seis de la mañana, murió Ezpeleta. Asistiéronle en sus últimos momentos el cirujano Sebastián Macías, doña

Magdalena de Sotomayor, doña Luisa de Montoya y el hijo de ésta, D. Esteban de Garibay. Antes de expirar le dijeron que «descargase su conciencia» y confesara quién le había herido, y él contestó que «no le cansasen... que ni lo sabía ni quería saber».

En este día y el siguiente, el alcalde Villarroel tomó numerosas declaraciones. Ninguna de ellas contribuyó a poner en claro el asunto. Sólo Isabel de Islallana, criada de doña María de Argomedo, proporcionó estos curiosos pormenores: «La noche que sucedió, que fué el lunes veinte y siete del presente, que serían entre las once o las doce, esta testigo, por hallarse sin agua, tomó un cántaro y fué por agua a la fuente de Argales, que está a la Puerta del Campo, y dió un quarto a un pícaro que halló en la calle para que se le truxese, y junto al Hespital de la Resurrección, quando iba, topó un hombre embozado a la esquina, que se llegó a esta testigo y le pellizcó, diciéndola si se quería ir con él, y esta testigo le respondió: «váyase con el diablo, que debe de ser algún pícaro»;

y el dicho hombre llamó a esta testigo y entonces le conoció ser el dicho D. Gaspar, por haberle visto, como tiene declarado, en casa de sus amas; y le volvió a decir que se fuese con él, y esta testigo le dixo que no quería, y se pasó adelante e fué por agua, dexando al dicho D. Gaspar embozado, que se iba la calle abaxo hacia el Rastro; e quando volvió esta testigo, que fué luego, encontró un hombre pequeño de cuerpo, vestido de negro, que llevaba la capa caída del hombro y estaba envainando su espada, frontero de la puente de madera que está en Esgueva, antes de llegar al Hespital, el qual iba sin cuello, con una valona blanca y la ropilla negra, abotonado al través, y venía desabotonada la ropilla por lo alto, que se le parecía la camisa blanca, y la ropilla no se determina si era de paño o de seda, y también tenía unos calzones negros que no sabe si eran de paño o de seda, el qual iba aguixando paso apresurado; y a lo que le pareció era un hombre que tenía poca barba, porque le pareció que estaba recién hecha la barba e roxa un poco, y le parece a esta testigo que

si le viese que le conocería, porque también le pareció que era un poco redondo de rostro».

Juana Ruiz, la hospedera de D. Gaspar, declaró en su casa, por estar enferma, y contó la historia de la mujer de Galván, el escribano. Al practicar esta diligencia en casa de Juana Ruiz, los alguaciles Francisco Vicente y Diego García hallaron a una dama tapada, en compañía de dos criadas. Intentaron destaparla; ella se opuso, por ser «mujer principal», y la llevaron ante el alcalde Villarroel. Allí, justificando su estancia en la casa de posadas, dijo que al pasar por la calle de los Manteros vió que entraba en la casa el Santísimo Sacramento, y ella entró para acompañarle, y luego se quedó visitando a la enferma. ¿Era esto cierto? Seguramente no. ¿Era aquella dama tapada la mujer del escribano Galván, o alguna otra que tuviese con Ezpeleta tal o cuál relación? Acaso sí. Lo cierto es que Villarroel no debió de vislumbrar allí ninguna pista, ya que no siguió sus averiguaciones por aquel camino.

De la información testifical resultó que Ezpeleta no entraba en casa de Cervantes. Ni doña Magdalena ni doña Andrea le conocían; doña Isabel, de vista solamente; doña Constanza, de verle pasar por delante de su casa con el marqués de Falces. Cervantes recibía las visitas de D. Fernando de Toledo, de Agustín Rajio y de Simón Méndez. De estas visitas, sólo Isabel de Ayala, vecina de la buhardilla, habla en mal sentido; los demás—bien que fueran amigos — nada reprochable ven en ellas. María de Ceballos, criada de Cervantes, declaró—¡loor a la discreta y fiel Maritornes!—que «no ha visto entrar en las dichas casas a ninguna persona de día ni de noche, ni esta testigo ha tenido quenta de ello, porque solamente trata de servir a sus amos en lo que le han mandado e no ha tenido quenta con más».

El alcalde Villarroel hizo hincapié en la circunstancia de que Ezpeleta mandase en su testamento un vestido de seda a doña Magdalena, «pues la dicha manda presupone conoscimiento en casa de la dicha doña Magdalena, y siendo, como es, beata, y que se

viste de xerga, presupone también que mandarle un vestido de seda era para otra persona e no para ella». Constando, como consta, que Ezpeleta no entraba en casa de Cervantes, debe creerse que si mandó el vestido a doña Magdalena fué, como ésta dijo, en agradecimiento a su asistencia, o bien, como declaró doña Luisa de Montoya, «que por ser pobre se lo mandaría de caridad, porque la tiene por una gran sierva de Dios por la buena vida que hace». Si queremos extremar las sospechas, podremos conjeturar, cuando más, que la manda iba dirigida a alguna de las mujeres que vivían con doña Juana Gaitán, y más probablemente a doña Catalina de Aguilera.

Consta, en efecto, que Ezpeleta entraba en el cuarto de doña Juana. Esta declaró que conocía a D. Gaspar «de más de catorze años a esta parte, porque le visitó en la villa de Madrid a su marido el pagador, e que de tres meses a esta parte también le vió, que la fué a visitar a esta confesante y darle el pésame de la muerte del dicho su marido, porque la había visto en el Carmen en hábito

de viuda». Doña Catalina de Aguilera dijo que «conoció al dicho D. Gaspar de Ezpeleta más ha de doce años en la villa de Madrid, en casa de doña Juana Gaitán, y en esta corte también le ha visto, y un día en el Carmen encontró con la dicha doña Juana Gaitán, su tía, y allí se hablaron, y después fué a su aposento dos veces y de la una a la otra pasaron dos meses». Algo sospechoso es también que doña Catalina, con referencia al hecho de autos, dijera que «el lunes en la noche, veinte y siete del presente, estando en su cuarto y a mitad de que había empezado a cenar, una criada de esta confesante, que se llama Mencía, se echó a la ventana e dixo que abaxo había un ruido, y esta confesante también se asomó a la dicha ventana e ya no había ruido, ni vió a ninguna persona, y esta confesante oyó decir a doña Luisa de Montoya que habían herido a un caballero del hábito de Santiago». En cambio, doña Luisa de Argomedo o de Ayala, que vivía con doña Catalina, dijo que cuando «estaba cenando, una criada se asomó a la ventana y esta confesante también se asomó, y oyó

al dicho D. Gaspar que decía: «Señores, ¿no »hay caridad para un cavallero que le han »muerto?» Casi lo mismo declaró doña María de Argomedo. Esta contradicción evidente, y la estudiada reserva con que doña Catalina se refiere a Ezpeleta, pudieran tener apariencias de indicio.

Ello no es, sin embargo, motivo suficiente para suponer que doña Catalina tuviese nada que ver en las causas del crimen, y se explica que el alcalde Villarroel no pudiera hacer luz en el suceso. De seguro Ezpeleta había declarado la verdad. Es posible que al encontrarse con su matador se dirigiera a casa de doña Catalina; pero la pendencia pudo ser casual e independiente de aquella visita.

Hay en el proceso un detalle de mucho interés y que no puede pasar inadvertido. Cuatro testigos—entre ellos la criada María de Ceballos y doña Constanza de Ovando, sobrina de Cervantes—dicen que en el cuarto de éste «posan Miguel de Cervantes *e su muger*» y las demás personas que, según sabemos, formaban la familia. Por el contra-

rio, los demás testigos—entre ellos, claro es, doña Magdalena, doña Andrea y doña Isabel—omiten a la mujer de Cervantes cuando hacen la enumeración de los que con éste vivían. ¿Estaba en Valladolid doña Catalina de Palacios? No figura, por de pronto, entre los testigos que declararon en la causa; pero esto nada prueba en concreto, ya que tampoco declararon el marqués de Falces y D. Luis de Garibay, vecino este último de la casa y testigo presencial de los hechos principales. Pudo ocurrir que el escribano, no muy cuidadoso ciertamente en la redacción de los autos, sufriera error al trasladar la relación de personas hecha por aquellos cuatro testigos; pero no es imposible que doña Catalina de Palacios estuviese, en efecto, con su marido, o que hubiera estado hasta poco tiempo antes, y esto explicaría que unos la dieran como presente y otros como ausente.

El alcalde Villarroel, por acuerdo de 1.° de Julio, declaró presos a doña Andrea de Cervantes, doña Juana Gaitán, doña Catalina de Aguilera, doña Constanza de Ovando, doña Luisa y doña María de Argomedo,

doña Isabel de Saavedra, doña Mariana Ramírez, Miguel de Cervantes, D. Diego de Miranda y Simón Méndez. Señaló a las mujeres «su casa por cárcel» y a Cervantes le dejó libre bajo fianzas. «Simón Méndez—agregaba el acuerdo—no entre en esta casa ni hable en público ni en secreto con esta muger, y don Diego de Miranda dentro de quince días se despache y salga de esta corte y no se junte en público ni en secreto él ni doña Mariana Ramírez...»

Se habrá notado que en esta condena no estaba incluída doña Magdalena de Cervantes ni, como era de esperar, los de la familia Garibay.

En 8 de Julio hicieron las presas pedimento de libertad, y Miguel de Cervantes suplicó que le recogieran «unas calzas y un jubón y una ropilla que tiene en su poder, de don Gaspar de Ezpeleta, porque se pudre con la sangre que tiene». Tal se hizo, en efecto, al siguiente día.

No se sabe hasta cuándo se prolongó la prisión de los procesados, aunque seguramente fué muy breve. Se ignora igualmente

la fecha en que salió de Valladolid la familia de Cervantes. Continuaba todavía en 7 de Noviembre de aquel año 1605, fecha en que doña Andrea y doña Magdalena, ante el escribano Pedro de Munguía, dieron poder al gobernador Antonio de Avila, residente en Flandes, para pedir los alcances de su hermano el alférez Rodrigo de Cervantes. Dícese que en Valladolid, en los comienzos de 1607, debió de casarse la hija de Cervantes con D. Diego Sanz del Aguila; pero esto es por todo extremo dudoso.

Probablemente los Cervantes, como todos los *andantes en corte,* salieron de Valladolid en los comienzos de 1606, cuando Felipe III, entre la desolación de los vallisoletanos, resolvió retornar a Madrid; cuando profusamente circularon coplas y romances en que Valladolid lloraba su pena a la manera siguiente:

«Dile, pues, discreto paje
al Rey, mi señor, que advierta
que muere Valladolid
y que sin él muerta queda.
Dile que muere tan pobre,
que por no tener hacienda

deja de hacer testamento
y de declarar sus deudas;
que le pido por merced,
ya que difunta me deja,
que como de criada suya
tenga de mis hijos cuenta.»

* * *

Durante su estancia en Valladolid, Cervantes no tuvo la pluma inactiva. Por el contrario, ejercitóla en alguno de sus más felices escritos.

Fruto de aquellos días es indudablemente *El casamiento engañoso* y su agregado de *El coloquio de los perros*. Sólo teniendo a la vista el Hospital de la Resurrección y sus dos perros, sólo respirando a diario el ambiente de Valladolid, podría ocurrirse el artificio y trama de la novelilla, totalmente inexplicable en otra ocasión cualquiera.

El alférez Campuzano, «haciendo pinitos y dando traspiés, como convaleciente», sale del Hospital de la Resurrección, y al entrar por la Puerta del Campo encuentra a un su amigo. Era el licenciado Peralta. Salúdanse los dos camaradas, y Peralta invita a Cam-

puzano a tomar en su posada unas lonjas de jamón de Rute. Oyen misa en San Llorente y vanse a comer. Entonces el soldado refiere las lamentables cuitas que le habían acaecido desde que, estando con Peralta en una posada de la Solana—donde precisamente tenía una de las dos suyas Juana Ruiz, la huéspeda de Ezpeleta—, habían entrado dos mujeres de gentil parecer, con sus criadas.

Aquella aventura le había llevado al Hospital de la Resurrección, y allí fué testigo del suceso más sorprendente, que anuncia a Peralta en este diálogo: «—Ya vuesa merced habrá visto, dijo el Alférez, dos perros que con dos lanternas andan de noche con los hermanos de la Capacha, alumbrándoles cuando piden limosna. —Sí he visto, respondió Peralta. —También habrá visto o oído vuesa merced, dijo el Alférez, lo que dellos se cuenta: que si acaso echan limosna de las ventanas y se cae en el suelo, ellos acuden luego a alumbrar y a buscar lo que se cae, y se paran delante de las ventanas donde saben que tienen costumbre de darles limosna; y con ir allí con tanta mansedumbre, que

más parecen corderos que perros, en el hospital son unos leones, guardando la casa con grande cuidado y vigilancia. —Yo he oído decir, dijo Peralta, que todo es así; pero eso no me puede ni debe causar maravilla. —Pues lo que ahora diré dellos es razón que la cause, y que, sin hacerse cruces ni alegar imposibles ni dificultades, vuesa merced se acomode a creerlo; y es que yo oí y casi vi con mis ojos a estos dos perros, que el uno se llama Cipión y el otro Berganza, estar una noche, que fué la penúltima que acabé de sudar, echados detrás de mi cama en unas esteras viejas, y a la mitad de aquella noche, estando a escuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias, oí hablar allí junto, y estuve con atento oído escuchando, por ver si podía venir en conocimiento de los que hablaban y de lo que hablaban, y a poco rato vine a conocer, por lo que hablaban los que hablaban, y eran los dos perros Cipión y Berganza.»

Y así, por tan ingenioso recurso, entró Cervantes en la *Novela y Coloquio que pasó*

entre Cipión y Berganza, perros del Hospital de la Resurrección, que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la Puerta del Campo, a quien comúnmente llaman los perros de Mahudes.

No es sólo la circunstancia de que Cervantes eligiera a los perros del «buen cristiano Maudes» por protagonistas de este coloquio: es la serie de alusiones a cosas de Valladolid y de aquel preciso momento. Si en Valladolid no estuviera al escribir aquellas líneas, mal podía hablar «del Corregidor desta ciudad, que es un gran caballero y muy gran cristiano», y al cual—con su pizca de intención—Berganza quería hacer «ciertos advertimientos que había oído decir a un viejo enfermo deste hospital, acerca de cómo se podía remediar la perdición tan notoria de las mozas vagabundas». Otro tanto ocurre con las referencias a la Iglesia de San Llorente, al Espolón, a la posada de la Solana y a los comediantes que llegaron con Berganza a Valladolid. De todo ello, en fin, se saca el convencimiento de que, a lo menos en su mayor parte, Cervantes escribió en esta ciu-

dad *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*.

En Valladolid está igualmente escrito, sin duda alguna, *El Licenciado Vidriera*. Léanse, en comprobación, las siguientes palabras de la primorosa novela: «Las nuevas de su locura y de sus respuestas se extendieron por toda Castilla, y llegando a noticia de un príncipe o señor que estaba *en la corte*, quiso enviar por él... Con todo esto, el caballero le envió a *la corte*... Llegó *a Valladolid;* entró de noche», etc. Estos párrafos—que se adulteraron, por cierto, después de la primero edición—demuestran que la corte estaba en Valladolid cuando se escribía *El Licenciado Vidriera*.

En la Acera de San Francisco y otros lugares de Valladolid dejó oir Tomás Rodaja sus contestaciones, propias de un loco lleno de razón. A Valladolid volvió cuando, ya sano, quiso ejercer de abogado en los Reales Consejos. Y uno de aquellos discreteos de Rodaja, reflejo de las rivalidades entre Madrid y Valladolid, corrobora que la corte se hallaba en esta ciudad. «Preguntóle uno cuál

era la mejor tierra. Respondió que la temprana y agradecida. Replicó el otro: «No pregunto eso, sino ¿cuál es mejor lugar, Valladolid o Madrid?» Y respondió: «De Madrid, los extremos; de Valladolid, los medios.» «No lo entiendo», repitió el que se lo preguntaba. Y dijo: «De Madrid, cielo y suelo; de Valladolid, los entresuelos.» Oyó Vidriera que dijo un hombre a otro que así como había entrado en Valladolid, había caído su mujer muy enferma, porque la había probado la tierra. A lo cual dijo Vidriera: «Mejor fuera que se la hubiera comido, si acaso es celosa.» Esta última pregunta hecha al Licenciado demuestra que era entonces cuando la gente entraba en Valladolid tras de la corte, así como la primera refleja las disputas que al pasarse Felipe III a la ciudad del Pisuerga entablaron madrileños y vallisoletanos sobre las excelencias y defectos de sus respectivos pueblos.

Por razones parecidas puede creerse que *La ilustre fregona* se escribió, o mientras la corte estaba en Valladolid, o muy poco después. Cuando Carriazo y Avendaño hacen

su viaje de Burgos a Salamanca, llegan a Valladolid y ruegan a su ayo que les permita quedarse un día, «en el cual querían ir a ver la fuente de Argales, que la comenzaban a conducir a la ciudad por grandes y espaciosos acueductos. Los mancebos, con sólo un criado y a caballo en dos muy buenas y caseras mulas, salieron a ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas, *a despecho del Caño dorado y de la reverenda Priora, con paz sea dicho, de Leganitos, y de la extremadísima fuente Castellana*, en cuya competencia pueden callar Corpa y la Pizarra de la Mancha». Las palabras subrayadas demuestran que la rivalidad entre Madrid y Valladolid, tan sólo existente por los años en que la corte se trasladó, se mantenía viva entonces.

Sostienen algunos que Cervantes escribió cierta *Relación de lo sucedido en la Ciudad de Valladolid, desde el punto del felicísimo nacimiento del Príncipe Don Felipe Dominico Víctor, nuestro señor.* Se fundan para ello en los versos finales del soneto de Góngora antes copiado:

«Mandáronse escribir estas hazañas
a Don Quijote, a Sancho y su jumento.»

Es este un problema que no se puede explanar aquí. Parece, sin embargo, que la alusión da a entender que en esa *Relación*, o en tres distintas, intervinieron tres personas. La primera—Don Quijote—encubre tal vez a Cervantes, aunque también pudiera aludir a otro individuo de aspecto físico parecido al del Ingenioso Hidalgo; la segunda—Sancho—ha de referirse a algún escritor que recordara, por su rusticidad u otra circunstancia, al escudero famoso; la tercera—el jumento—representa a un colaborador del escrito que se distinguiría por sus escasas luces intelectuales. De estos tres escritores uno pudo ser el cronista Antonio de Herrera.

Lo que no puede sostenerse, como algunos lo han hecho, es que en Valladolid escribiera Cervantes *La Gitanilla*. Fíjese sino la atención en las siguientes palabras, que al comienzo de la novela se leen: «Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y a los quince años de su edad su abuela putativa la

volvió *a la corte* y a su antiguo rancho, que es donde ordinariamente le tienen los gitanos, *en los campos de Santa Bárbara*, pensando en la corte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid fué un día de Santa Ana, patrona y abogada de la villa...» Al comenzar la acción, por tanto, la corte estaba en Madrid, y no era antes de su traslado a Valladolid, sino después, porque cuando «de allí a quince días» volvió Preciosa a Madrid, cantó un romance «lindísimo en extremo, que trata de cuando la Reina doña Margarita salió a misa de parida en Valladolid y fué a San Llorente». Por tanto, no es posible que Cervantes escribiese *La Gitanilla* hasta después de regresar la corte a Madrid, en Febrero de 1606. Lo que seguramente escribió en Valladolid fué el aludido romance, que más arriba hemos leído.

***

Cuando en el *Canto de Calíope*, inserto en *La Galatea*, enaltecía Cervantes a Vallado-

lid por sus varones ilustres, expresábase de este modo:

«Volved el presuroso pensamiento
a las riberas del Pisuerga bellas:
veréis que augmentan este rico cuento
claros ingenios con quien se honran ellas.
Ellas no sólo, sino el firmamento,
do lucen las clarificas estrellas,
honrarse puede bien cuando consigo
tenga allá los varones que aquí digo.»

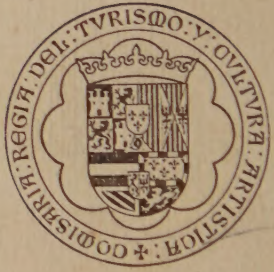
Hoy pudiéramos agregar algo más. Pudiéramos decir que «las riberas del Pisuerga bellas» vieron aumentado su honor desde que en su arena sustentaron al autor del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Este libro, que pertenece a las Publicaciones de la Casa de Cervantes, se acabó de imprimir en el mes de Septiembre del año de 1918

Date Due

863.32Z A45

a39001 008151923b



EJEMPLAR : INVENDIBLE : REPARTIDO : GRATVITAMENTE POR : LA : COMISARÍA : REGIA DEL : TVRISMO : Y : CVLTVRA ARTÍSTICA : N.º_____

A _____